



BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA HISPÁNICA

EL ENTE NUNCA FIJADO: LAS RELACIONES DE PODER EN ONCE
CUENTOS DE GASTÓN GARCÍA CANTÚ

TESIS QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
LICENCIADO EN LINGÜÍSTICA Y LITERATURA HISPÁNICA
PRESENTA

JAVIER PAREDES GONZÁLEZ

DIRECTORA: DRA. SAMANTHA ESCOBAR FUENTES

NOVIEMBRE 2018

*A mi madre, cerca,
a mi padre, lejos,
a ambos por estar siempre conmigo.
A mis hermanas
A mis queridos sobrinos
A mis maestros*

No me pregunten quién soy, ni me pidan que siga siendo el mismo.

-Michel Foucault

(La Arqueología del Saber)

*Esta es tu hora, oh, Alma, tu vuelo en libertad por lo indecible,
lejos de los libros, lejos del arte, abolido el día, concluida la lección.*

*Emerges, plena, silenciosa, absorta, pensando en lo que más amas:
la noche, el sueño, la muerte y las estrellas.*

-Walt Whitman

(Hojas de Hierba, 2015 pág 1203. Galaxia Gutenberg)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	1
CAPÍTULO 1	5
EL PODER	5
1.1 Acercamiento a la noción de poder.....	5
1.2 El poder según Foucault	18
1.3 Las relaciones de poder.....	25
1.4 El otro lado del poder.....	30
1.4.1 La dominación y el sometimiento	30
1.4.2 El subalterno.....	34
1.5 Consideraciones Finales	36
CAPÍTULO 2	38
EL CUENTO MEXICANO EN LOS AÑOS 50.....	38
2.1 Hacia el medio siglo	38
2.2 Panorama del Cuento Mexicano en los años 50	43
2.3 Gastón García Cantú.....	51
2.4 Inicio literario: <i>Los falsos rumores</i>	59
CAPÍTULO 3	64
LOS FALSOS PODERES. INTERPRETACIÓN DEL PODER SEGÚN FOUCAULT EN ONCE CUENTOS DE GASTÓN GARCÍA CANTÚ.	64
3.1 Relaciones de poder: El Sistema de Diferenciaciones.....	65
3.2 Relaciones de poder: Tipo de Objetivos	73
3.3 Relaciones de poder: Modalidades Instrumentales.....	76
3.4 Relaciones de poder: Formas de Institucionalización.....	80
3.5 Relaciones de poder: Grados de racionalización	82
CONCLUSIONES.....	85
BIBLIOGRAFÍA	90

INTRODUCCIÓN

Encontré el libro de cuentos de Gastón García Cantú *Los falsos rumores* por un hecho al azar. Las visitas a la biblioteca me llevaban a elegir, de vez en cuando, un texto de algún autor que desconocía y del cual solo me imponía una característica: debían ser cuentos.

Este acto me llevó a conocer principalmente a autores estadounidenses como: J. D. Salinger, Raymond Carver, Roald Dahl o William Faulkner. Hecho que agradezco profundamente. Sin embargo, ya que estaba estudiando letras hispánicas y debido a mi ignorancia en los temas del primer año, pues solo leía lo que nos dejaban los maestros, comencé a buscar antologías de cuentos mexicanos para conocer nombres, fechas, movimientos, y no sé por qué, me llamó la atención la literatura hecha en el estado de Puebla.

Al buscar información, en su mayoría aparecían los nombres de Elena Garro, Héctor Azar, Pedro Ángel Palou y Sergio Pitol, pero casualmente, también tropecé con Gastón García Cantú.

Cierto día, conversando acerca de la literatura del estado, alguien comentó que el libro de cuentos que yo estaba describiendo (*Los falsos rumores*) era una obra “menor” y que no había mucho qué decir puesto que se limitaba a describir el poder. A lo que yo me pregunté, en dado caso ¿puede ser el poder un tema “fácil”? y aquellas obras poco estudiadas ¿qué es lo que tienen que decir?

A su vez, el acercamiento a la obra de Foucault me ayudó a realizar, dentro de mis posibilidades, una interpretación basada en sus postulados sobre el poder. Cuyo resultado es este trabajo.

Ahora no me parece raro que en la literatura ciertos autores caigan en el olvido, puesto que como un *rumor* la lectura de los libros se esparce, generalmente, por la transferencia de “boca en boca”. Sin embargo, así como las recomendaciones circulan a través de algunas personas, también suelen ser estas los verdugos de muchas otras.

Tal es el caso de Gastón García Cantú, olvidado y relegado por el tiempo. Quizá evocado bajo circunstancias que no tienen que ver con su escritura¹ o recordado solamente por sus libros como historiador, y donde su libro de cuentos aparece descrito únicamente como muestra del exagerado halago por parte de los súbditos hacia aquellos que tienen el poder, sin que sea argumentado cómo es su funcionamiento en este contexto y si es verdad que el libro queda reducido a esto.

Para la estructura de este trabajo, elaboré el cuerpo del escrito tratando de darle el orden que me pareció más adecuado. En el primer capítulo, inicio con un breve acercamiento al concepto de “poder” organizado, en cierta medida, de forma cronológica hasta llegar a algunos autores contemporáneos. Luego, establezco lo que Foucault denomina “poder” según él mismo y otros autores que comentan su obra.

En el tercer subíndice, de igual forma expongo las relaciones de poder basado en la teoría de Foucault y paso a la argumentación de la considerada contraparte: la dominación, mencionando a su vez, lo que Spivak denomina “subalterno” para compararlo con lo que dice el teórico francés. Al final, expongo algunas consideraciones particulares para delimitar mi postura frente a la noción foucaultiana de “poder”.

¹ Como los altercados con Carlos Fuentes o Juan García Ponce.

El segundo capítulo está dividido en cuatro sub-apartados. El primero es un escurto recorrido de la literatura mexicana de principios de los años del siglo XX hasta, aproximadamente, 1950, con la finalidad de dar contextualización al subíndice siguiente, en cuyo caso, continúo con el panorama cuentístico mexicano en el medio siglo, estableciendo a los principales autores de la época, los estudios sobre el cuento y algo de la crítica literaria sobre este.

Luego se encuentra una semblanza sobre Gastón García Cantú, en el que se intenta recrear una pequeña biografía sobre su vida, los cargos que desempeñó y el proceso de creación de su libro de cuentos, sumando algunas palabras de otros escritores que valoran su obra. En el cuarto subíndice, hablo específicamente sobre el libro de cuentos, que de igual forma, viene acompañado por datos de su gestación y algunos comentarios críticos.

En el tercer capítulo, se aplica la teoría de Foucault en los cuentos de Cantú. Cabe mencionar que se pueden encontrar más nexos y que los cuentos utilizados son, los que a mi parecer, resultan los más representativos en uno o varios de los puntos. Algunos requieren una mayor reflexión que otros porque ahí el análisis es más fructífero, lo que indica un mayor empate entre el texto y la teoría. Esta es la causa de que la extensión sea asimétrica de sección a sección.

Para finalizar, se encuentran mis conclusiones, donde expongo mis consideraciones finales y los resultados de este trabajo.

Me basta pedir una disculpa anticipada al lector por los defectos que pueda hallar. A lo que solo me queda invitarlo a no perder de vista el principal objetivo: recordar una de las obras injustamente sepultadas por el tiempo, cuya calidad literaria ha sido relegada.

Además, espero que este trabajo tenga una utilidad para quien desee aproximarse al tema tan complejo, pero interesante, que es el poder.

CAPÍTULO 1

EL PODER

*El poder tiende a corromper,
el poder absoluto corrompe absolutamente.*

-Lord Acton

1.1 Acercamiento a la noción de poder

El poder es un concepto tan antiguo como el propio hombre. Se podría decir que ambos surgieron a la par, o es que éste, el poder, es aún más remoto, puesto que se han detectado diversas manifestaciones, por ejemplo, en el reino animal. Además, se debe considerar que se trata de un concepto “social”, quiero decir que se manifiesta en un grupo de individuos. Ya que dicho concepto no se puede presentar en un lugar aislado, donde no existan aquellos caracteres bivalentes de “dominante” o “dominado”, aunque atendiendo a los diferentes teóricos o postulados, pueden llevar otros nombres.

No es extraño que existan tantas conceptualizaciones de esta forma, se debe recordar que en todas las épocas existe una noción de dominio, de ahí deriva que sea un asunto tan primitivo y al mismo tiempo actual. Las concepciones sobre esta palabra son tan vastas como los pensamientos de cada persona y ha sido abordada desde todos los campos de las ciencias sociales, pues resulta inevitable no tratar un tema en el que nos vemos envueltos todos los días.

El resultado de la observación de un mismo asunto a lo largo de los años ha abierto panoramas desde los cuales se nos ha permitido expandir nuestro pensamiento y entender nuestra sociedad. Sin embargo, también resulta necesario aclarar que no existe una definición única de este concepto, pues al mismo tiempo que las nuevas elucubraciones esclarecen el

campo de mira, nuevos horizontes aparecen, sin que por el momento se vislumbre un final absoluto.

Según la Real Academia Española (2018), la palabra *poder*: “proviene del lat. vulg. *potēre, creado sobre ciertas formas del verbo lat. posse 'poder', como potes 'puedes', potēram 'podía', potuisti 'pudiste’”. Y en su primera entrada está definida como: “Tener expedita la facultad o potencia de hacer algo.”, sin embargo, dichas explicaciones pueden parecer superficiales o inconclusas respecto al complejo carácter que encierra semánticamente y sus intrincadas aplicaciones.

Evitar este acto resulta inútil, pues como menciona Clark: “El problema del poder es fundamental y permea la interacción del hombre con su medio, consigo mismo, y las relaciones interpersonales entre grupos humanos y entre naciones. El poder afecta todos los aspectos de la vida humana: es ineludible” (1976: 77), y tanto aquel que es consciente de su participación y vivencia cotidiana, como el que no, están envueltos dentro de su densa superficie.

Se debe tener en cuenta que cualquier definición estará limitada por el aspecto cultural de quien la emite, su concepción intelectual, social, económica o, inclusive, biológica, estará cercada por el espectro del pasado ante el cual puede plegar su conocimiento y generar, a partir de aquel, un concepto; dicho proceso se remontaría al pasado histórico de la humanidad. Es decir, cómo podría existir el poder sin antes determinar los sujetos sobre los cuales recae o determinar cuál es el alcance que tiene en las sociedades. Como bien señala Bertrand de Jouvenel:

Las sociedades, incluso las que nos parecen menos evolucionadas, tienen un pasado varias veces milenario, y las autoridades que soportaron en otro tiempo no han

desaparecido sin legar su prestigio a las que las han reemplazado, y sin dejar en el espíritu de los hombres unas huellas que se acumulan en sus efectos. La sucesión de gobiernos de una misma sociedad a lo largo de los siglos puede considerarse como un solo gobierno que subsiste siempre y que se enriquece continuamente. Así, el Poder no es tanto un objeto de conocimiento lógico como de conocimiento histórico. (2008: 40)

Dicho conocimiento, en cierta forma, va trascendido del aspecto de que si bien el poder puede aparecer en varios escenarios, también puede legarse. Aquel que insta un dominio lo cede por medio de palabras o acuerdos en el que los involucrados toman conocimiento de ello, lo aceptan y obedecen.

Por otro lado, tampoco se puede minimizar su evolución al carácter hereditario que pueda tener, ya que la costumbre o hábito de los individuos por dejarse gobernar no se limita al sometimiento por una larga tradición. Si bien la humanidad ha cambiado, también los modos del ejercicio del poder.

Y aunque es una palabra que hemos escuchado varias veces ¿podríamos decir su significado, la entendemos? ¿No será acaso que por el mismo hecho de saberla tan presente, tan cotidiana, la damos por entendida sin siquiera pensar en ella? Muchas veces asignamos esta palabra a aquellos que tienen más dinero, más fuerza, más inteligencia, pero ¿eso es todo?

La simplificación del concepto de poder se debe a que éste aparece ligado de forma natural a la existencia misma que, de una u otra forma, lo fuimos olvidando; y así como afirma Herbert Rosinski: “El poder no es nada menos que una cualidad objetiva de toda realidad, una cualidad inherente a todo lo que existe por el mero hecho de existir. El poder es un aspecto inevitable de la realidad misma” (1967: 30), nosotros deberíamos entender lo que el *poder*

significa, lo que representa, pues al entenderlo, estaríamos entendiendo parte de nuestra realidad.

Ahora bien, si el poder se origina dentro de una sociedad, entonces podemos llegar al supuesto de que, al descubrir el origen de uno, podemos encontrar el origen del otro. Aristóteles en su *Política* establecía que la familia es el modelo de sociedad por antonomasia. De esta, la familia, (hombre y mujer que tienen en sí mismos la capacidad natural de la descendencia) se desprenderá la colonia, la ciudad, el estado, el país, etc., aquellos que conforman una comunidad política o ciudad. A la par, Aristóteles establece dos tipos de poderes: poder político y poder real, el cual dice: “será real cuando se trate de un poder personal, y que, por el contrario, será político cuando el mismo sujeto es alternativamente gobernante y gobernado” (2000: 157).

En la antigüedad, los padres de familia se reunían para la toma de decisiones que convinieran mejor al grupo, la noción de “patriarcado” se conforma a partir de la reunión de hombres establecidos en un mismo rango de igualdad, donde se formaban asambleas gobernantes que mediaban sus intereses y los aplicaban de forma general (de Jouvenal, 2008).

La evolución de los grupos sociales que han dominado al hombre, tienen muchos y variados nombres, así como sus causas. Si en el pasado, debido a los ataques entre grupos primitivos se registraba la necesidad de soldados para la conservación del grupo, entonces los guerreros eran los que portaban el manto del poder dentro de esa sociedad. Sacerdotes, magos o chamanes, debido a la demanda social de acuerdo a su época, también han sido figuras de poder. En cada sociedad han existido cargos considerados “superiores” sobre el resto de la población, otorgándoles poder sobre los demás.

Posteriormente, parafraseando a Bertrand de Jouvenel (2008), la transición de la realeza a la monarquía, fue un complicado proceso comprendido, de forma somera, por cuestiones tales que, en aquellas épocas, la conquista del territorio por un hombre (el rey) necesitaba formas de transmitir su poder, ejecutarlo y medios para sostenerlo, aditamentos de la monarquía que eran parte del complicado engranaje que hacía funcionar al Estado, los llamados “soberanos” tenían a su disposición varios “súbditos” que hacían cumplir sus órdenes y por los que eran ejecutadas sus demandas. Según Wolfgang Reinhard:

Durante los últimos mil años, desde la alta edad Media hasta el presente, el poder y las instituciones de ciertos gobiernos centrales han ido creciendo continuamente a expensas de los súbditos. El resultado final fue el moderno poder estatal europeo, definido por un territorio continuo con una frontera definida y una completa soberanía interna, por el monopolio de todo uso legítimo de la fuerza y por una masa homogénea de súbditos, cada uno de los cuales tiene los mismos derechos y deberes. (1997: 15)

Y aunque desde la época de Platón ya se plantea la idea de una República erigida sobre una base estratificada, en la que se busca el bien común, y en la cual se supriman los elementos que hacen perecer el buen funcionamiento de ésta (interés, riqueza, etc.), no está totalmente desligada de una acción en el que no se realice un acto de poder, en el cual la igualdad será subjetiva, pues no se hallan elementos que sitúen al mismo nivel a todos los participantes de una sociedad, dejando esto como una visión utópica de la realidad.

Como bien dice Cisneros (2006): “Cuando se traten asuntos que involucren a más de un ser humano, se tratará el tema del poder” (p. 17), este autor analiza dicho término desde una perspectiva política, dejando en claro que el poder será una fuerza ejercida sobre un individuo; y en la cual, el detentador encauzará la forma de ejecución: “el poder de un hombre sobre un

hombre”. A lo que después Cisneros agrega: “Lo más urgente relativo al poder siempre es el acuerdo sobre quién debe detentarlo, y en qué medida” (p. 17), a lo que Bobbio (2008) en su *Diccionario de política* establece como una característica, diferente a la utilización de la fuerza como cualidad de esta relación, del poder político:

La exclusividad del uso de la fuerza respecto de todos los grupos que actúan en un determinado contexto social, exclusividad que es el resultado de un proceso que se desarrolló en toda sociedad organizada hacia la monopolización de la posesión y del uso de los medios con los cuales es posible ejercer la coacción física. (1218)

Mientras que al poder lo definiría como: “capacidad del hombre para determinar la conducta del hombre: p. [sic.] del hombre sobre el hombre” (Bobbio, 2008: 1190).

Con el paso del tiempo, los avatares de quien detentaba el poder cambiaron de forma pero, bajo otra apariencia, conservaron las características potenciales que los sustentaban. El poder solo se transformaba adoptando variados rostros. Tal es el caso de la aristocracia, la cual, como menciona Paine: “surgió de los gobiernos fundados en la conquista” (1986: 74). Sin embargo, al igual que las demás formas, la base sobre la que descansa es la sociedad, y así mismo pende del valor que ésta misma le imponga, pues, continúa Paine, solo será admitida y cesada al percatarse de lo “ridículo” que resulta su valor.

Por su parte, para la ciencia política, de la que Maquiavelo es uno de los primeros exponentes más notables, *El Príncipe* es el libro inicial en el que se separa política y moral y lega, en cierta forma, los comienzos para el estudio independiente de una “técnica” apreciativa del poder (Ávila & Ávila, 2012). Las diferentes formas de detentarlo y mantenerlo son algunas

cuestiones que abarca el libro. En él, la fuerza será partícipe y moldeadora del orden, pues inspirando el temor, se mantendrá la paz.

Maquiavelo realiza un manual donde lo que se puede denominar correcto, se separa de los fines que se persiguen afianzando el predominio de aquellos recursos estratégicos cuya conclusión debe verse libre de limitantes. Como mencionan Ávila & Ávila:

En *El Príncipe* se puede leer entre líneas que la hipocresía, el engaño, la mentira, son perversos moralmente pero pueden dar buenos resultados políticamente, ya que no entra en juego la intención sino la dimensión social de los actos y su resultado efectivo en una relación de poder. (2012: 371)

De tal forma, Maquiavelo (1532) alude al poder como algo que, luego de ser poseído, debe mantenerse a través de distintos métodos persuasivos o coercitivos. Los diferentes estratos en los que el gobierno se manifestará pueden ser dominados bajo tres proposiciones: destruirlos, vivir con ellos o dejar que vivan libremente y cobrarles tributo, creando sistemas de gobierno oligárquicos, para de esta forma, mantener su fidelidad.

Aproximadamente un siglo después, Thomas Hobbes en su libro *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil* publicado en 1651, definiría al poder de un hombre como: “sus medios presentes para obtener algún bien manifiesto futuro” (1998: 69). Y más adelante los dividiría en dos tipos, el poder original y el instrumental. El primero estará sustentado por las facultades inherentes del hombre: su mente y cuerpo. Mientras que el segundo, se adquirirá por cuestiones externas, como puede ser el dinero, elemento que, vale la pena mencionar, le ayudará a obtener más poder.

Además, para Hobbes “El mayor de los poderes humanos es el que se integra con los poderes de varios hombres unidos por el consentimiento en una persona natural o civil” (1998: 69); aquí la relación estrecha de hombres induce a una cantidad mayor de poder, la representación del Estado. Además, mientras Maquiavelo se pregunta si es mejor ser amado u odiado (se responderá que es mejor ser lo segundo), Hobbes verá en estas cualidades elementos equivalentes, en los que si bien se tiene uno u otro, ambos generan medios de favorecimiento para alcanzar cierto fin. El poder estará compuesto por los elementos de una sociedad organizada jerárquicamente que le darán orden y clasificación al Estado.

Ya en el siglo XX, los estudios acerca del poder fueron retomados por otros autores, que, inherentemente a cualquier época, su discusión y análisis se actualiza y hace acopio de otros teóricos, pues en cada período la renovación es necesaria por los nuevos escenarios y sus nuevos participantes.

Por ejemplo, el filósofo alemán Max Weber denomina al poder como: “la posibilidad de que una persona o varias, realicen su propia voluntad en una acción en común aun contra la oposición de otros participantes en la acción” (2002: 43), quedando así marcada la instauración de una voluntad personal sobre otras, que, de igual forma no puede quedar reducida a un tratado de dimensiones pequeñas, por el contrario, se establece que en dicha operación se maneja un sentido que propala una tendencia de reconocimiento en los demás, se adjudican puestos y cargos, tomándose en cuenta, las motivaciones, los deseos, etc.; convergerán, entonces, dos actores: por un lado está la fuerza o el grupo social y por el otro, aquello que lo estimula para realizar tareas que conlleven a alcanzar el poder.

Así pues, sus estructuras, estarán basadas sobre lo que él denomina “nación”, vinculadas además de rasgos como la raza, el idioma o los fines que persiguen como grupo, y en el que la permanencia dentro de ese nivel, también por sentimientos políticos comunes y que solo pueden darse mediante la expansión (concesión de cargos), para que de esta forma se pueda mantener el “prestigio”, las cadenas de mando mantienen unido al Estado, el poder político supremo (Arnaíz: 1994).

Por otra parte, Sampson define al poder como: “el producir las consecuencias deseadas en la conducta o creencias de otro, cuando en la persona que produce esos efectos existe el propósito de ejercer una ascendencia personal” (1975: 260), a su vez, establece la diferencia entre el poder y la influencia, atribuyéndole una carga negativa al primer término, considerando que existen formas “positivas” de influir en otras personas. Expone en cierta medida la psicología de la víctima y algunas causalidades que propician este rasgo, como pueden ser sus motivaciones derivadas del efecto que pretende alcanzar o la cimentada base de alguien que no conozca otra forma de convivencia que no sea la dominación en su entorno social. También, menciona como principal problema de comprensión al hecho de que el deseo por poseer el poder proviene, contrario a lo que podría pensarse, del miedo a no tenerlo. Con esto argumenta que cada uno pretende considerarse como el más capacitado para su administración, tergiversando una y otra vez su control.

Al mismo tiempo, determinar los requisitos para que el poder exista, tendría un carácter metafísico, si por un lado asumimos que todos los dictámenes de mando tienen un origen divino, o al menos instituidas a través de la historia por algunas doctrinas religiosas.

Hoy en día, podemos decir que el poder se ha centralizado, algunos de los personajes más relevantes de nuestra historia son caracteres que simbolizan grandes cantidades de dinero, fuerza, influencia o intereses que convergen en lo que la sociedad, de la cual forman parte, se ve requerida a solicitar. El poder, sin embargo, se ha distribuido en insumos repartidos en pequeñas porciones desde la cuales parece aumentar de tamaño, absorbiendo y asimilando distintos grupos de igual o menor tamaño, y con ello, aumentando su masa. Como bien dice Wright:

La minoría poderosa está compuesta de hombres cuyas posiciones les permiten trascender los ambientes habituales de los hombres y las mujeres corrientes; ocupan posiciones desde las cuales sus decisiones tienen consecuencias importantes. El que tomen o no esas decisiones importa menos que el hecho de que ocupen esas posiciones centrales: el que se abstengan de actuar y de tomar decisiones es en sí mismo un acto que muchas veces tiene consecuencias más importantes que las decisiones que adoptan, porque tienen el mando de las jerarquías y organizaciones más importantes de la sociedad moderna. (1978: 13-14)

Con ello, observamos que el campo de poder bajo el cual están sometidos los actores ya no depende únicamente de la fuerza coercitiva o física, si no que adoptan nuevos ambientes y las relaciones se desglosan en vínculos entre quienes detentan el poder y, en grupo, crece cada vez que algún miembro se añade, o por el contrario, éste puede disminuir, quedando reducido en número pero no en magnitud, mientras que son los miembros los que expanden su rango de poder. O sea, que el grupo puede aumentar y con esto el poder, o bien, puede reducirse pero aumentar en cuanto al grado que poseen los individuos que lo conforman.

El sociólogo Norbert Elias, en su libro *Conocimiento y poder* (1980) comienza esclareciendo su definición de poder como algo que va más allá de “una cosa que pueda meterse en el bolsillo” y con esto adquirir el poder. Su noción está ligada a las relaciones humanas: “tiene que ver con el hecho de que existen grupos o individuos que pueden retener o monopolizar aquello que otros necesitan [...] y cuanto mayores son las necesidades de estos últimos, mayor es la proporción de poder que detentan los primeros” (p. 53-54), Elias amplía el marco en el cual el poder se encierra, esclareciendo que su mecanismo consiste, por ejemplo, restringiendo el uso de la fuerza como exclusiva del Estado, así su aplicación solo estará autorizada por él, impidiendo que alguien más la use y pueda aplicarla contra éste. Lo mismo puede ocurrir con la unificación de creencias o conocimientos, creando así monopolios manipuladores formados de poder.

A su vez, Niklas Luhmann (1995) intenta construir una teoría general del poder que pueda aplicarse a cualquier sistema, en el que dicho concepto será un medio de comunicación, es decir, “un código de símbolos generalizados que guía la transmisión de selecciones” (11), y cuya causalidad “consiste en neutralizar la voluntad, no necesariamente en doblegar la voluntad del inferior” (18). Por lo que, parafraseando a Luhmann, entendiendo que en los sistemas sociales existen procesos de selectividad, el poder radicará cuando un sujeto, aun teniendo un amplio campo de selección, esté limitado por la sujeción de alguien más. De esta forma, el poder crecerá en el grado de imposición del subordinado, en conjunto con el aumento de la libertad. En este escenario, el uso de la violencia solo denotará ausencia de poder y este hecho será lo que lo diferenciará de la coerción.

Del mismo modo, cabe señalar la distinción de *fuerza* como manifestación física y el concepto de poder, ya que bajo estos parámetros, resultan ser dos conceptos conducidos por

aspectos diferentes, como menciona el escritor británico Elias Canetti en su libro *Masa y poder* (2005), la fuerza es algo más “cercano e inmediato”, y cuando conlleva tiempo como factor, se transforma en poder, es decir, la fuerza es aquello que aplica un gato para mantener apresado un ratón, pero, si decidiese liberarlo para después volverlo a apresar, su esfera de poder estaría delimitada por aquel espacio dentro del cual está seguro de impedir que escape. Para Canetti, la fuerza es más próxima, hay fuerza mientras se aplica, y existirá poder si en esta fuerza se da un rango de tiempo, si la fuerza no es breve y circunstancial.

Por su parte, Manuel Castells, en su libro *Comunicación y poder* (2009), comienza refiriéndose al poder como el proceso fundamental de la sociedad, determinado a partir de valores e instituciones y argumentando que, a su vez, aquello que se valora e institucionaliza, está definido por relaciones de poder. Más adelante, Castells define al poder como:

La capacidad relacional que permite a un actor social influir de forma asimétrica en las decisiones de otros actores sociales de modo que se favorezcan la voluntad, los intereses y los valores del actor que tiene el poder. El poder se ejerce mediante la coacción (o la posibilidad de ejercerla) y/o mediante la construcción de significado partiendo de los discursos a través de los cuales los actores sociales guían sus acciones. (33)

Por su parte, Teun van Dijk, en su libro *Discurso y poder* (2009), se centra en el análisis crítico del discurso y describe cómo una investigación analítica que estudia la manera en que el abuso del poder, el dominio y la desigualdad son ejecutados en los textos y actos de habla sociales y políticos.

Van Dijk, da cuenta de las relaciones que existen entre discurso y poder social. En el capítulo “Las dimensiones de la dominación” ofrece un breve resumen de ese panorama

conceptual tan amplio que se maneja a través del discurso, sin embargo, a partir de las siguientes “suposiciones” da una noción de lo que es el poder, manejándolo como propiedad de los grupos sociales, instituciones y organizaciones. Para el autor de *Ideología y discurso*, el poder social es control, mediante el cual se limita la libertad e influye en el conocimiento de otros.

Si bien en el siguiente punto se establece al poder como algo fijado en algún “campo de acción social específico” (121), no se limita a la pertenencia sino a la distribución a través de centros que son controlados por alguien. Y ante aquellos casos, el poder está basado en el acceso a recursos apreciados, como lo es el dinero, el empleo o específicamente el discurso. Asimismo, para este autor, la dominación es un ejercicio no avalado por otros, un control por medio del cual se busca un beneficio propio y que provoca la desigualdad.

Además, este autor conjunta sus estudios para otorgar la definición de lo que llama “poder moderno”, el cual:

Es el que se ejerce por medio del control mental, esta es la manera indirecta de controlar los actos de otros. El poder moderno consiste en influenciar a los otros por medio de la persuasión para lograr que hagan lo que se quiere. (2006: 10)

De esta manera, se pueden observar los cambios establecidos entre los mecanismos del poder y cómo éste ha adquirido diversas manifestaciones a través del tiempo. Así que se podrían delimitar tres campos desde los cuales algunos teóricos han estudiado el poder: el poder político, cuyo objetivo recaía en el establecimiento de un poder dominante basado en la coerción (Maquiavelo); el poder económico, sostenido sobre las diferencias económicas y las ventajas de los ricos sobre los pobres (Hobbes); y el poder sociológico, cuyo modo de actuar resulta más sutil, preponderando sobre el otro y doblegando su voluntad (Luhmann) para imponer una forma

de pensamiento, ámbito mayormente abordado por teóricos del siglo pasado, tales como Michel Foucault.

1.2 El poder según Foucault

Michel Foucault se consideraba un historiador más que un escritor. Su labor investigadora nació por las interrogantes que le dejaban sus lecturas cada vez que encontraba en ellas más preguntas que respuestas. Su primer libro trató la historia de la locura, el saber médico y las instituciones (médicas y psiquiátricas). Luego, pasó al análisis de la medicina en general y de las instituciones a comienzos de la modernidad de la medicina; a lo que después se sumó el estudio de las ciencias empíricas: la historia natural, la economía política y la gramática. Sin embargo, aún no comprendía totalmente cuál era el problema escondido bajo todos esos trabajos, cuál era el inconveniente que lo hacía “ir y venir” (2012).

Su motivación para indagar en la historia se ideó aproximadamente en el año 1955, con los problemas acarreados por las manifestaciones de exceso de poder evocados en el fascismo o el socialismo de Stalin, los estudios parecían insuficientes para captar con claridad el problema del poder, ya que anteriormente solo se consideraban en un aspecto casi exclusivo del ámbito económico. Prueba de ello, fue el marxismo, cuya premisa está basada en la diferenciación de clases y la igualdad económica como método de resolución del poder excesivo. No obstante, para Foucault el siglo XX descubrió lo contrario: “se pueden resolver todos los problemas económicos que uno quiera, y los excesos de poder se mantienen” (2012: 70).

Cabe aclarar que este trabajo no ahondará en los conceptos desprendidos de sus escritos, tales como biopoder, panóptico o subjetividad, y aunque a sabiendas de la complejidad de este

autor y sobre todo el tema que se trata de abordar, resulta necesario dejar en claro que la noción de poder se extrae, en su mayoría, de textos que son el resultado de conferencias o entrevistas, y a su vez, recordar que existen otros autores que dedican libros enteros a abordar específicamente alguna noción y entender completamente el pensamiento foucaultiano, derivados de estudios más profundos o interpretacionales, en los que se examina alguna vertiente de este complejo autor francés.

Para iniciar, resulta necesario establecer un orden de los escritos de Foucault en el que varios teóricos señalan principalmente tres etapas en su discurso, por ejemplo, Ceballos Garibay (2000) llama a la primera etapa: “arqueológica”, y la cual tiene que ver con las reglas internas de las formaciones discursivas, la segunda etapa con las tácticas y estrategias que utiliza el poder, mientras que la tercera se interesará por la subjetividad de los individuos ligándola a la ética. Para este trabajo, me enfocaré en la segunda etapa, correspondiente al poder.

Sin embargo, debe entenderse que cada etapa no está totalmente desligada de las demás. De esta manera, la llamada etapa “arqueológica” dará los pasos iniciales hacia la transición al estudio del poder. Foucault propone en sus primeros libros (*Enfermedad mental y personalidad* (1954), *Historia de la locura en la época clásica*, (1960), *Las palabras y las cosas* (1966)), la hipótesis referida a que los pensamientos corresponden a situaciones al azar, y que la forma de denominar algo (que de forma similar Saussure establecería en su aclamada dicotomía: arbitrariedad-convencionalidad), no está ligada a su misma naturaleza, puesto que el significado “verdadero” de las palabras es atribuido por un grupo de personas y es cimentada por todos aquellos que deciden creer en ellas, diría Veyne:

Todas la grandes ideas en las que creemos o hemos creído son producto de nuestro pasado; existen, son reales en el sentido de que alguna de ellas se han impuesto entre nosotros como obligándonos a creer y a obedecer en ellas; no están, sin embargo, fundadas en verdad. (2009: 63)

Es por ello que Foucault realiza un análisis de las formas en que la sociedad de cada época dicta ciertos aspectos como “verdad”, y bajo los cuales se establece un orden seguido por todos, y que a su vez serán variables de acuerdo al tiempo en el que se gesten. En esta etapa, Foucault estudia la fabricación social e institucional de las verdades, y como apunta Veyne: “Un determinado régimen de verdad y algunas prácticas forman entonces un dispositivo de saber-poder” (2009: 103), a lo que después agrega: “Lo que es considerado como verdad se hace obedecer” (104). Este discurso de la racionalidad (que establece los parámetros entre el bien y el mal, normal o anormal), va a efectuar una disciplinarización del mundo, a través de quienes dictan los conocimientos y los establecen como universales en un determinado espacio-tiempo (Revel, 2009: 125).

“La verdad está siempre ligada a un sistema de poder, es ella misma poder” diría Román Toro (1990: 28), puesto que cada sociedad establece un régimen y hace circular discursos estableciendo a unos como verdaderos, que acoge, y a otros como falsos, los cuales sanciona; estos atributos provienen de aquellos que están investidos en el estatuto de estar a cargo, y por ello, de decir la verdad.

Por su parte, Deleuze (1998: 76) determina esta relación entre saber y poder como “lo visible y lo enunciable”, retomando el ejemplo de los estudios de Foucault sobre el nacimiento del manicomio en el siglo XVII, proveniente de los diferentes discursos que comenzaron a surgir

para determinar al loco desde la ciencia, pero también en la política, la literatura o el derecho (lo enunciable) en el que la internalización tendría su fin en las instituciones psiquiátricas (lo visible) conducida por los discursos para establecer quién debe estar ahí. De esta manera, dice Roger-Pol Droit: “La verdad no existe...Solo existen discursos históricamente reconocibles que producen «efectos de verdad», al delimitar lo que es pensable y lo que no lo es para una época determinada” (2006: 41).

De tal forma que son estos “discursos de verdad” (decretos de saber que engloban la religión, la literatura, la filosofía, las leyes, los reglamentos) lo que nos dará la forma de control sobre los sujetos en cuanto a sujeto, pues establecen, como apunta García Canal: “una forma normal de ser hombre, mujer, niño o adolescente” (2005: 24).

En esta etapa, Foucault transita del “saber” a la *normatividad*, donde, continúa García Canal (2005): “El poder es analizado como una relación de fuerza, como una guerra. Y si el poder es la guerra, habrá entonces estrategias abiertas, tácticas y técnicas de ejercicio. El poder aparece, para Foucault, como una forma de ejercicio” (p. 25).

Así pues, Foucault (1980) va a definir al poder como “una vasta tecnología” que atraviesa los cuerpos sociales produciendo efectos de dominación por medio de estrategias particulares, en la que dicha concepción no será limitada por los individuos o instituciones, además de que esta situación estratégica se dará en una sociedad determinada, bajo parámetros específicos. Y la llamará tecnología puesto que sus técnicas cambian, se actualizan, se adecuan conforme al tiempo.

Según Francisco Ávila-Fuenmayor (2007) la concepción foucaultiana de que el poder permea a través de los cuerpos como una gran red de relaciones intangibles, aporta un nuevo

enfoque, para lo que hasta la fecha de publicación de sus trabajos y aún en nuestros días constituye, puesto que se desvía de los postulados de teóricos anteriores como Maquiavelo, Thomas Hobbes y Max Webber, en el que el poder recaía sobre un mando supremo, a través de la fuerza o bien de la autoridad o influencia.

De esta forma, Foucault, en el libro “Microfísica del poder” (1980), dice que aun cuando el poder transita horizontalmente, se convierte en actitudes, gestos, prácticas y produce efectos, no se encuentra localizado y fijado eternamente, no está nunca en manos o es propiedad de ciertos individuos, clases o instituciones, sin embargo, hay autores como Héctor Ceballos Garibay (2000) que dicen sobre esta afirmación, que si bien Foucault no aclara cómo es que este (el poder) atraviesa los cuerpos sin nunca localizarse, debe tenerse en cuenta que llegan momentos en el que puede situarse ante aquellos que lo ejercen.

En su célebre diálogo con Deleuze, Foucault afirma que “por todas partes en donde existe poder, el poder se ejerce. Nadie, hablando con propiedad, es el titular de él; y sin embargo, se ejerce siempre en una determinada dirección, con los unos de una parte y los otros de otra” (Foucault, 1999: 112). Esta afirmación evidencia que en la formación de poder se darán dos elementos interdependientes: el dominante y el dominado, siempre cambiante con respecto a los actores, los cuales, más que poseer el poder, lo atraviesan, debido a que este no se puede obtener o perder, pues no constituye un objeto físico sino una acción dentro de un ámbito relacional.

Una de las características del poder es que se encuentra sujeta a la capacidad de guiar la conducta de los demás sin la utilización de la fuerza, sin ningún acto de coerción bajo el cual se manifiesten actos que lo “expongan”, es tan habitual y compartido que radica en situaciones

consideradas nimias, tales como el trabajo, la familia o caminar por las calles (Veyne, 2009: 105).

De esta manera, según Calderón y Núñez (s. f.: 2) el poder en Foucault es un conglomerado que irrumpe cualquier relación social, no está bajo el mando de ciertas estructuras ni se limita a algunas acciones como la prohibición o la exclusión o es proferida únicamente por la ley o el Estado, sino que el poder producirá realidades que logran penetrar todos los nexos sociales estableciendo criterios de verdad.

Por lo que Foucault continuará estableciendo al poder como una relación de fuerzas desiguales: “como guerra”, y según Ceballos (2000), específicamente como: “guerra silenciosa, cuya misión básica es la de fortalecer y recrear las fuerzas desiguales en todos los ámbitos de la sociedad [...] para él, lo fundamental del poder reside en su modalidad de lucha y enfrentamiento de fuerzas distintas” (p. 39). Estas oposiciones, estas “luchas”, además tendrán un carácter transversal, no estarán circunscritas a ningún país o tipo de gobierno político o económico; y su objetivo más que el poder, serán sus efectos, esto es, la capacidad de incidir sin tener algún tipo de restricción o control que lo limite; todo esto determinado por su efecto de inmediatez, puesto que busca al enemigo más cercano y no “al principal”, y en el que Foucault establece tres tipos:

Las que se oponen a las formas de dominación (étnicas, sociales y religiosas), las que denuncian las formas de explotación que separan al individuo de lo que produce; y las que combaten todo lo que liga al individuo consigo mismo y asegura de esta forma su sumisión con los demás (luchas contra el sometimiento, contra las diversas formas de subjetividad y de sumisión). (Foucault, 1989: 17)

Foucault se ocupará de esta última, mencionando a su vez que el poder no se limitará al ámbito jurídico, y no estará determinado por un elemento aislado y singular, pues más que un poder existen relaciones complejas de poder. Además, aclara que aun cuando algunas veces el poder logra darse de forma frecuente en la burguesía sobre el cuerpo social, no significa que emane solo de ella, no es la única productora del poder, aunque sea quien más usualmente lo utiliza para su interés, la burguesía solo será uno de los lugares donde se desarrolla.

Deleuze aclara que aun cuando la definición de Foucault pueda parecer simple: “el poder es una relación de fuerzas o más bien toda relación de fuerzas es una relación de poder” (1998: 99), debe establecerse en primer lugar, que el poder para Foucault no es una forma (Estado), que la fuerza no está en singular y que dicha fuerza solo existe en relación con otras. Además, demarca los estudios del poder en tres apartados: su carácter como no esencialmente represivo (puesto que incita, suscita, produce); se ejerce más que se posee y, pasa por los dominados tanto como por los dominantes. De esta manera, el poder: “pasa por puntos singulares que siempre indican la aplicación de una fuerza, la acción o la reacción de una fuerza con relación a otras, es decir, un afecto como estado de poder siempre local e inestable” (Deleuze, 1998: 102).

Por su parte, en sus análisis para determinar estas fuerzas, Foucault toma un método consistente en partir desde una observación contraria, es decir, no mira a los criterios establecidos, sino que son las resistencias las que actúan como muestras de los diferentes tipos de poder, por lo que dice: “Más que analizar el poder desde el punto de vista de su racionalidad interna, se trata de analizar las relaciones de poder a través de las confrontaciones de las estrategias” (Foucault, 1989: 15). Por ello es que sus estudios están ligados, por ejemplo, a la alienación para comprender el sentido de lo “sensato”, o a su vez, a la ilegalidad para

comprender lo que cada época denomina legal a través de ciertas técnicas de individualización y de procesamientos totalizadores.

Estas “estrategias” para Foucault hacen referencia: “al conjunto de medios utilizados para hacer funcionar o para mantener un dispositivo de poder” (1989: 36). Por lo que vendrán insertadas a su vez, en las relaciones de poder. Sin embargo, para el filósofo francés, escritor de *Las palabras y las cosas*, lo más importante será el nexo entre las relaciones de poder y las estrategias de enfrentamiento, debido a que, como se mencionará después, no puede existir el poder sin resistencia.

Entonces, no preguntará directamente ¿qué es el poder?, sino ¿cómo se ejerce?

1.3 Las relaciones de poder

Al alejarse de las líneas tradicionales de estudio sobre el poder, Foucault establece un nuevo método de análisis sobre los pequeños campos donde se desarrolla y conforma como técnica, como guerra: la escuela, el hospital, la familia. Y como apunta Héctor Ceballos, éste será su gran aporte: “conocer, resistir y transformar las formas de dominio justamente en el lugar de las prácticas y dispositivos locales del poder, los cuales, ciertamente, constituyen los engranajes del funcionamiento general de la sociedad” (2000: 40-41).

En el libro *El poder, una bestia magnífica* (2012), Foucault pone de manifiesto las relaciones de poder en los aparatos de Estado ejercidos sobre los individuos, pero asimismo: “la que el padre de familia ejerce sobre su mujer y sus hijos, el poder ejercido por el médico, el poder ejercido por el notable, el poder que el dueño ejerce en su fábrica sobre sus obreros” (42),

ya que no existe un foco centralizado desde el cual exclusivamente mane el poder, existirán actos numerosos desde los cuales brote, y estos “micropoderes” serán los que lo conformen, pues: “El conjunto de prácticas microfísicas de dominio forma, según Foucault, el suelo movedizo sobre el cual el poder estatal se erige; ellas, además, crean las condiciones de posibilidad para el funcionamiento adecuado de los poderes globales” (Ceballos, 2000: 43).

Entendido el poder como algo tan complejo que no puede limitarse a la asociación única del Estado o como propiedad de alguien, Foucault va a delimitar a las relaciones de poder como: “[...] un modo de acción que no actúa directa e inmediatamente sobre los otros, sino que actúa sobre su propia acción. Una acción sobre la acción, sobre acciones eventuales o concretas, futuras o presentes” (Foucault, 1989: 29), será pues, un mecanismo que relaciona sujetos o grupos entre sí, en el que no puede darse de manera independiente; es entendido como un modo de actuar que puede afectar otras actividades posibles.

La referencia a *un conjunto de acciones sobre acciones posibles*, es explicada por Deleuze como: “[...] una lista, necesariamente abierta, de variables que expresan una relación de fuerzas o de poder y que constituyen acciones sobre acciones: incitar, inducir, desviar, facilitar” (1998: 99-100), actos que conllevan una ejecución sobre otros acontecimientos, y desde la que dicha emanación no proviene de un punto central o núcleo único, sino que: “van de un punto a otro en un campo de fuerzas, señalando inflexiones, retrocesos, inversiones, giros, cambios de dirección, resistencias. Por ello no se puede decir que son localizables, en tal y tal instancia” (102).

A su vez, Foucault determina dos elementos de articulación indispensables en las relaciones de poder: el reconocimiento y permanencia del sujeto de la acción y que estos a su

vez sean susceptibles a la posibilidad de actuar, puesto que: “el ejercicio del poder consiste en ‘conducir conductas’ y en preparar la posibilidad” (1989: 30). Alejado del término de la violencia, el poder representa un constante enfrentamiento a la libertad, la libertad de los demás, de cuya existencia depende. Por ello quedaría desechado, por ejemplo, el término de Etienne de la Boétie (2008) en el que a través de múltiples ejemplos llama “servidumbre voluntaria” a aquellos que conscientemente deciden someterse a otras personas o instituciones, pues la oposición poder-libertad quedaría alejada del problema central del poder, al anularse la voluntad de insumisión.

María Inés García Canal en su libro *Foucault y el poder* (2005) agrega:

Toda relación de poder lleva en sí la rebeldía de los sujetos; late, entonces, en el corazón del poder, la obstinación de una voluntad que se niega a ser modelada y la intransitividad de una libertad que busca expresarse, una libertad que no quiere delegarse. (38)

En “Cómo se ejerce el poder” (1989), Foucault establece cuatro pasos para el análisis de las relaciones de poder: primero estipula *el sistema de diferenciaciones*, una serie de rasgos que permiten proceder sobre la acción de los demás. Estas pueden ser diferenciaciones jurídicas, económicas o lingüísticas ya que “toda relación de poder utiliza diferenciaciones que para ella constituyen al mismo tiempo condiciones y efectos” (Foucault, 1989: 33). En segundo lugar está *el tipo de objetivos*, que se remiten al fin por el cual actúan sobre los demás, pueden ser privilegios, ganancias, etc. Continúan *las formas de institucionalización*, en el que las relaciones de poder pueden aparecer de forma tradicional, como es el poder familiar; un dispositivo cerrado con cierto grado de autonomía, por ejemplo, las instituciones militares o escolares; o, como sistemas muy complejos provistos de múltiples aparatos, como en el caso del Estado que tiene

por función constituir la envoltura general, la instancia de control global, el principio de regulación y, también en cierta medida, de distribución de todas las relaciones de poder en un conjunto social determinado. Y por último *los grados de racionalización*: en el que las relaciones de poder se elaboran de acuerdo al escenario en el cual se ejerce, medido por la eficacia de los instrumentos, certeza del resultado o costos, ya sean económicos o por la resistencia que se pueda presentar. Ya que, afirma el autor: “El ejercicio del poder no es un hecho en bruto, un elemento institucional ni una estructura que se mantiene o se rompe: se elabora, se transforma, se organiza, adquiere procedimientos más o menos adecuados” (Foucault, 1989: 33-34).

Por su parte, Wolf señala: “El poder funciona de manera distinta en las relaciones interpersonales, en los medios institucionales y al nivel de las sociedades” (2001: 20), y a su vez, plantea cuatro niveles de las relaciones de poder:

El primero que es el poder de la potencia o capacidad que se considera inherente a un individuo. [...] El segundo se manifiesta en las interacciones y transacciones entre la gente y se refiere a la capacidad que tiene un *ego* para imponerle a un *alter* su voluntad en la acción social. [...] La tercera, los medios por los cuales los individuos o los grupos dirigen o circunscriben las acciones de los demás en determinados escenarios. [...] Y el cuarto, aquel que se manifiesta en las relaciones; no solo opera en escenarios y campos, sino que también organiza y dirige esos mismos escenarios, además de especificar la dirección y la distribución de los flujos de energía. (20)

Por lo que al igual que Foucault, se observa una comunión entre el hecho de una voluntad individual afectada por otra, la dirección u objetivo que persiguen, los medios o modalidades por los que emerge, así como aquellos escenarios en los que aparece.

Puesto que para Foucault la concepción del poder como simple instrumento de prohibición resultaba limitada al ámbito jurídico, en *Las mallas del poder* (2010), se pregunta por qué en la región occidental se da esa pobre acepción, tan restrictiva, tan negativa. Aduce, que si dicho significado pudiera venir de Kant, a su vez ¿por qué Kant tuvo esa concepción? De tal manera que desglosa la formación, a través del discurso en los siglos XIII a, prácticamente, XVIII, de ciertos actos que pudieran detonar la expansión de un sistema complejo de mando, en el que cada unidad de la jerarquía tuviera un papel específico, asegurando la utilidad de los individuos que la conformaban, por ejemplo, en el ejército; en cuyo procedimiento no tenía nada que ver con el “no debes” sino que estaba dirigido a la producción (en este caso la producción de muertos). Es por ello que Foucault se aleja del “tema clásico del pensamiento burgués cuando trata el poder como un hecho jurídico” (894), y por el contrario, se acerca a las tecnologías del poder, aquellas que están en constante cambio al igual que los inventos de cada siglo; entre las que se encuentran, las tecnologías políticas, nacidas entre los siglos XVII y XVIII, y de las que agrupa en dos direcciones diferentes: la tecnología de la disciplina y la tecnología individualizante del poder.

En la tecnología de la disciplina, comenta Foucault, se llega a controlar en el cuerpo social hasta los elementos más tenues, y gracias a esta, se llega al átomo social: el individuo. Y entre sus técnicas se encuentran: “Cómo vigilar a alguien, cómo controlar su conducta, su comportamiento, sus aptitudes, cómo intensificar su rendimiento, cómo aplicar sus capacidades, cómo situarlo en el lugar en que sea más útil” (2010: 896). Mientras que la tecnología

individualizante es aquella: “que mira a fondo a los individuos, hasta en su cuerpo, en su comportamiento; es, a grandes rasgos, una especie de anatomía política, una especie de anotomopolítica, una anatomía que se dirige a los individuos hasta anatomizarlos” (2010: 896).

Sin embargo, prosigue diciendo que hubo más tecnologías surgidas después del siglo XVIII que no solo se enfocaron en el individuo, sino sobre la población (entendida en un sentido más amplio como seres vivos atravesados, mandados y regidos por procesos y leyes biológicas), por lo que se cae en cuenta que el poder no solo está sobre los “súbditos” para quitarles sus bienes o riqueza, sino que se toma en consideración al individuo como máquinas de producción: de riquezas, de bienes o de otros individuos. Acuñando para esto el término de *biopolítica* en el que la vida misma llega a considerarse como un objeto de poder (Foucault, 2010: 898).

1.4 El otro lado del poder

1.4.1 La dominación y el sometimiento

Bertrand Russell, en su libro *Autoridad e individuo*, dice “En cuanto existe una organización de gobierno, algunos hombres tienen más poder que otros, y el poder que tienen depende, hablando en términos generales, del tamaño de la unidad que gobiernan” (1973: 26), pero ¿y si esto solo fuera cierto parcialmente? Es decir, Russell aduce que ante la problemática de un grupo que ha crecido bastante como para que aquellos que lo constituyen puedan conocerse, se adopta la idea de elegir a un representante que conforme la opinión colectiva, instituyendo de esta forma el primer gobierno. El grado de cohesión entre sus constituyentes dependería, entre otras cosas, del poder militar, que reprimiría las posibles sublevaciones.

Sin embargo, hay que notar de esto la capacidad de los individuos para rebelarse, no la de los gobiernos para reprimir, ya que resultan bien conocidos los escenarios ante los cuales, desgraciadamente, la sociedad se vuelve estéril y convencional por respeto a la autoridad. Russell continúa desmenuzando la idea de que a causa de la finitud de la tierra, va a llegar un momento en el que no exista un Estado que gobernar, pues todo será absorbido por un solo Estado que cubra los demás sin dejar espacio por el que avance, como un hambriento frente al plato vacío que acaba de devorar y espera, sin éxito, por más.

¿Resulta conveniente pensar de esta forma? ¿Es acaso posible? Según este autor, puede ocurrir tal cosa, teniendo como resultado la invención de nuevos mecanismos de funcionamiento, o por el contrario, puede darse la creación de instituciones que alteren el rumbo de los hechos, el surgimiento de una guerra, o bien, la provocación de una anarquía que desestabilice lo que denominamos “vida civilizada”.

La idea que mantiene Foucault con respecto a la libertad, como adversaria del poder y su constante lucha contra él; Russell la concebirá necesaria solo para mediar ante la potencia de cada uno, es decir, que cada una es complemento de la otra solo en la medida que pueda salirse de control, por lo que una será la contención de la otra, ambas se necesitan para estar en un estado de equilibrio, pues según este autor: “La excesiva falta de libertad trae consigo el estancamiento, y la libertad excesiva, el caos” (1973: 45). Sin embargo, ¿qué va a significar para Foucault la libertad y dónde queda la dominación?

El pensador francés establece que: “El poder solo se ejerce sobre ‘sujetos libres’ y mientras son ‘libres’” (1989: 31), o sea que éste no puede existir en una víctima cuando está imposibilitada para actuar de otro modo (por ejemplo, si estuviera encadenada, ya que esto sería

considerado como coerción, existe un contacto físico, por lo que ya no existiría poder) y sin ninguna posibilidad de escapar, debe existir un campo de posibilidades bajo el cual, el sujeto o el colectivo, pueda elegir. Del mismo modo que para Foucault el poder no es una determinación aislada, la libertad tampoco puede limitarse a una sola interpretación, esta también representa un campo amplio, un campo de posibilidades que se opone a las tácticas del poder.

En *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, Foucault aduce al carácter del poder como algo amplio e ilimitado, fuera de los márgenes de la simple reprimenda del “no”, ya que si estuviera cerrada a este tipo de tácticas, dice: “Todos los modos de dominación, de sumisión, de sujeción se reducirían en suma al efecto de obediencia” (2007: 104). Más adelante resalta como evidente este carácter cambiante del poder, pues en ello reside su fortaleza, no en lo que suelen denominar como prohibitivo o censor, el poder, comenta, si fuera tan descarado no sería tan prolífico.

Por ello, es necesario estipular la contraparte que viene unida a la noción de poder para aclarar ambos casos. Para el propio Foucault la *dominación* es:

Una estructura global de poder cuyas ramificaciones y consecuencias se pueden encontrar hasta en los más sutiles nexos de la sociedad. Pero al mismo tiempo es una situación estratégica más o menos adquirida y consolidada en un enfrentamiento de amplia duración entre adversarios. (1989: 38)

Por lo que dicho concepto tiene que ver con los efectos de causalidad recíproca entre las luchas de poder, de las cuales la dominación será su resultado. Y puesto que el poder es un encadenamiento de acciones sobre otras acciones, no es de extrañar por ello, que toda situación esté provista de dos caras. Tal hecho está ligado con el concepto de poder, de tal forma que:

Podemos establecer la regla de que casi cualquier manifestación de poder inducirá otra manifestación de poder opuesta, aunque no necesariamente igual. Todo esfuerzo por doblegar a unas personas a la voluntad de otras tropezará en alguna forma con un esfuerzo por resistir a esa sumisión. De la eficacia relativa de estas fuerzas enfrentadas depende la extensión y eficacia del ejercicio del poder original. (Kenneth, 1985: 111)

Por su parte, Teun van Dijk, en su libro *Discurso y poder* (2009), centrado en el análisis crítico del discurso que define cómo una investigación analítica que estudia la manera en que el abuso del poder, el dominio y la desigualdad son ejecutados en los textos y actos de habla sociales y políticos, como forma de resistencia contra estos, dará una definición de poder afín a este trabajo.

Van Dijk, da cuenta de las relaciones que existen entre discurso y poder social. En el capítulo “Las dimensiones de la dominación” ofrece un breve resumen de ese panorama conceptual tan amplio que se maneja a través del discurso. Sin embargo, a partir de las siguientes “suposiciones” da una noción de cuyo concepto aborda este trabajo, ya que maneja el poder como propiedad de los grupos sociales, instituciones u organizaciones; para el autor de *Ideología y discurso*, el poder social es control mediante el cual se limita la libertad e influye en el conocimiento de otros.

Si bien, en el siguiente punto establece al poder como algo fijado en algún “campo de acción social específico” (121), no se limita a la pertenencia sino a la distribución a través de centros que son controlados por alguien. Y ante aquellos casos, el poder está basado en el acceso a recursos apreciados, como lo son el dinero, empleo o específicamente al discurso. A su vez

que la dominación para él será un ejercicio, que no está avalado por otros, de control por medio del cual se busca un beneficio propio, provocando la desigualdad.

Para ambos autores, la dominación es un acto de realización, una confrontación entre dos grupos de fuerzas: el poder y la libertad, cuyo resultado es la dominación. Un entramado más del poder, sin que este devenga en un aspecto negativo, puesto que es parte de sus relaciones.

1.4.2 El subalterno

Gayatri Spivak ofrece un texto de utilidad en el que de acuerdo con Manuel Asensi Pérez, en el prólogo del libro “*¿Puede hablar el subalterno?*” hace alusión a los dos objetivos perseguidos por la autora: “por un lado, criticar los esfuerzos occidentales por problematizar el sujeto, ya que en realidad son cómplices de los intereses económicos de esa parte del mundo; por otro, ofrecer un análisis alternativo de las relaciones entre los discursos de Occidente y la posibilidad de hablar de y por la mujer subalterna” (Spivak: 11).

No obstante, el texto no se reduce al análisis de Occidente o a la mujer, puesto que “el subalterno” representa a aquellos que son vistos como grupos tribales, aquellos a los que la palabra les está vedada, y si bien alcanzan la oportunidad de manifestarse, su mensaje se ve frustrado, como bien lo dice Santiago Giraldo en la nota introductoria al texto de Gayatri Chakravorty Spivak publicado en la *Revista Colombiana de Antropología* (2003: 299), .

Entonces, el término subalterno se ve definido como: “aquel o aquella que no pertenece a la élite, o en palabras de Guha: el integrante de «grupos y elementos sociales [...] que

representan la *diferencia demográfica entre la población hindú total y todos los que hemos descrito como “elite”*» [sic] (Asensi: 11) o bien, en este mismo texto, en palabras de Edward Said, el subalterno es opuesto al poder, su contrario sería “dominante”. Y aun cuando Asensi aclara que al hablar de “subalterno”, se trata de un plural heterogéneo y no de una clase homogénea, la subalternidad bien puede encontrarse en este caso, al igual que Spivak se refiere a las mujeres en la India, en aquellas figuras que no tienen voz, independientemente de su género.

Sin embargo, el subalterno se define por ciertos criterios que no pueden delimitarse como únicos, como lo afirma Coronil, en el prólogo de Asensi:

Propongo que veamos al subalterno no como un sujeto soberano que ocupa activamente un lugar delimitado, tampoco como un sujeto subordinado que es la consecuencia de los efectos dispersos de múltiples determinaciones externas, sino como un agente de construcción de una identidad que participa, bajo determinadas condiciones dentro del campo de las relaciones de poder, en la organización de su posicionalidad y subjetividad múltiples. (Spivak: 26)

A su vez, este ensayo recoge conceptos interesantes como el de la *representación*: “quiere decir tanto «hablar por» alguien, tal y como sucede en el campo político, como «volver a presentar algo» en el sentido en que, por ejemplo, un bodegón de Cézanne representa una determinada fruta” (Spivak: 15).

1.5 Consideraciones Finales

Luego de hacer un breve recuento sobre la evolución del concepto de poder hasta llegar a los estudios realizados por Foucault a mediados del siglo XX, debe considerarse la constante metamorfosis de dicho concepto según la época y el teórico que lo aborda. Existiendo múltiples vertientes desde la cual puede abrevarse, este trabajo se centrará en las nociones de poder desde la perspectiva de este teórico francés debido a su carácter renovador de las antiguas teorías que encasillaban al poder en un nivel de la sociedad, aletargando sus diversas cualidades y disminuyendo sus propiedades. Foucault renovó esa perspectiva y suscitó el interés en un término que se daba por ultimado.

Para este trabajo, los postulados de Foucault en los que maneja al poder como un conglomerado de pequeños poderes (lo que él denominará “microfísica del poder”) sirven para esclarecer cómo es el funcionamiento de una sociedad bajo el yugo del poder, su jerarquización y la imposibilidad de situarlo nos ayudan a ver la complejidad de un tema que suele darse por sobreentendido.

El libro de cuentos de Gastón García Cantú se minusvalora argumentando que en él se observan únicamente relaciones de halago por parte de los súbditos hacia aquellos que tienen el poder, pero ¿Qué es el poder? ¿Es cierto que solo una persona lo tiene? ¿Quién establece a aquellos con la batuta del poder y a quienes nombra súbditos?

Foucault argumenta como capacidad del poder su facilidad para transitar en varios niveles de la sociedad, su adaptabilidad al tiempo y espacio en el que se desarrolla, lo lleva a denominarla como “tecnología”, cuya esencia resulta en una confrontación continua de los participantes dando como resultado cuerpos dominados.

Sin embargo, estos cuerpos tienen en sí libertad, un campo de posibilidades que se ve ofuscado por el poder, y en el que debe señalarse: no existe una coerción física. Para Foucault, esta será una de sus virtudes primordiales, ya que su capacidad reside en guiar conductas mediante estrategias que emanan de diferentes puntos, por eso el poder nunca es localizable.

Es por ello que no se puede hablar de un poder, su estudio solo puede darse mediante la observación de su ejecución, en el cual Foucault establece cinco pasos: el sistema de diferenciaciones, el tipo de objetivos, las modalidades instrumentales, las formas de institucionalización, y por último, los grados de racionalización; mismos de los que se servirá este trabajo para recrear un escenario donde se estudie el desarrollo de las relaciones de poder.

Empatando la teoría de Foucault y los cuentos de Gastón García Cantú, se podrá observar el complejo sistema del poder en cada relato. Ya que si bien su desarrollo, en algunos casos, se da en pequeños escenarios, debe comprenderse que no hay “hechos simples” cuando se habla del poder. Por lo que, al existir narraciones breves en *Los falsos rumores* donde, debido a la extensión, no puedan establecerse los cinco puntos marcados por Foucault, se procederá a desarrollar las situaciones que sí los contengan.

CAPÍTULO 2

EL CUENTO MEXICANO EN LOS AÑOS 50

Para lograr establecer una mejor contextualización de la obra de Gastón García Cantú, parece pertinente realizar un breve recuento hacia la literatura del medio siglo partiendo desde inicios del siglo XX, esto con el objetivo de entender el olvido en el que ha caído su obra. Las generaciones que abrevaban, ya sea para evolucionar o bien para crear un nuevo paradigma, de su inmediato anterior hasta llegar a los años 50, son el resultado de una larga tradición llena de conocimientos heredados con el fin mantener al canon o por el contrario, dispuestos a romper lo establecido de la época. Por ello es necesario situar a Gastón García Cantú con respecto a los escritores que le precedían, pues bien pudo, como muchos otros, tomar de su herencia para formar un estilo propio.

2.1 Hacia el medio siglo

La literatura en el siglo XX comienza con el surgimiento del grupo denominado “El Ateneo de la Juventud”, entre los años de 1909 y 1910 (Martínez, Domínguez, 1995: 19), años de su fundación e inicio de actividades, respectivamente. Representado por figuras como Julio Torri, Alfonso Reyes o José Vasconcelos, emergía un grupo cuyo desprendimiento se evocaba del modernismo, que era su predecesor inmediato, constituyendo una revolución cultural, que se suscitaba a la par de otra, la política.

Tras la fundación de la Universidad Nacional de México en 1910, por Justo Sierra, se instaure una visión que amplía el espectro de la cultura en el país, brindando nuevos horizontes

filosóficos y estableciendo principios, del cual, el “mensaje espiritual” de dicho grupo contenía intereses como los que siguen: interés por el conocimiento y estudio de la cultura mexicana, por las literaturas española e inglesa y por la cultura clásica; interés por los nuevos métodos críticos para el examen de las obras literarias y filosóficas; por el pensamiento universal que podía mostrarnos la propia medida y calidad de nuestro espíritu; así como por la integración de la disciplina cultivada, en el cuadro general de las disciplinas del espíritu (Martínez, 1990: 18).

Tal pensamiento se vio manifestado en la serie de conferencias realizadas por personajes como Pedro Enríquez Ureña o Antonio Caso, entre otros, cuya exposición contenía los temas que serían un parteaguas para el nuevo pensamiento en proceso de gestación.

José Vasconcelos, escritor de obras como *La Raza Cósmica* (1925), *Sonata Mágica* (1933) o *Ulises Criollo* (1936), aparece como uno de los grandes pensadores de esta generación, en el que la implicación ideológica, filosófica y sociológica en su manera de escribir le permitió formular un discurso original donde recurre principalmente al alegato. A su vez, Alfonso Reyes, prolijo autor de varios libros de ensayo, poesía, novela y cuento, también es un escritor que manifiesta este carácter erudito, agudo y de un estilo propio que ahonda en el estudio de la cultura mexicana.

Otros autores que pertenecen a esta generación, son: Rafael López, Roberto Argüelles Bringas, Manuel de la Parra, Ricardo Gómez Robelo, Eduardo Colín, Alejandro Quijano, Mariano Silva Aceves y Genaro Fernández Mac Gregor.

Al estallar la revolución, los grupos intelectuales del país tomaron ciertas posturas que, aunadas a factores externos y de desorganización, hicieron disolver los fundamentos bajo los cuales se habían establecido para continuar la tarea de reformular la cultura del país. Sin

embargo, la labor de algunas revistas como *Nosotros* (1912-1914), *La Nave* (1916), *Gladios* (1916), *Pegaso* (1917) o *El Nacional Bisemanal* (1917-1918), emprendieron la noble labor de recopilar y publicar la producción literaria nacional en aquellos momentos, así como integrar la producción de otros países, acrecentando el panorama narrativo y poético y abriendo ventanas a escritores internacionales, incluso por primera vez (Martínez, 1990: 27).

No obstante, gracias al trabajo emprendido años atrás, mediante la influencia filosófica y literaria de algunos ateneístas como Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña, se conformó después el grupo denominado “los siete sabios” o “la generación de 1915”, integrada por Alfonso Caso, Antonio Castro Leal, Vicente Lombardo Toledano, Manuel Gómez Morín, Alberto Vázquez del Mercado, Teófilo Olea y Leyva y, Jesús Moreno Vaca. El propósito era propagar la cultura entre los estudiantes de la Universidad Nacional de México. Y según Genaro Salinas Quiroga, esta fue:

Una generación constituida por varones ilustres que lucharon por las mejores causas de la patria, teniendo las mejores cualidades para ello.

Al lado de los grandes próceres del movimiento armado de 1910, que encabezó el apóstol Francisco I. Madero y que continuaron Carranza, Obregón, Calles y Cárdenas, se les puede clasificar con toda justicia, entre los caudillos culturales de la Revolución Mexicana. (1980:527)

A su vez, el movimiento denominado como “Colonialismo”, tuvo su aparición hacia 1917, en ese momento, el tema sobre el que se enfocaron algunos autores fue el redescubrimiento de nuestro pasado colonial. Este hecho no se considera como un retroceso intelectual ni literario, sino, como bien afirma José Luis Martínez: “contribuyó al enriquecimiento de nuestra lengua y

a la difusión y comprensión de un pasado que es parte integrante de nuestra nacionalidad” (1990: 32), en el que si bien algunos autores participaron de forma breve, hubo uno que encontró la sustancia proveedora a su obra: Artemio de Valle Arizpe, que supo explotar dicho tema sin llegar a cansar ni aburrir a los lectores.

Ya en la segunda década del siglo pasado, en lo concerniente a la poesía, se gestó la parte más importante de la obra de tres escritores: José Juan Tablada, Enrique González Martínez y Ramón López Velarde, obra cuya aparición será fundamental para los poetas de su tiempo.

Los siguientes años se vieron caracterizados por la aparición de dos movimientos casi paralelos en tiempo, más no en temas. El primero, denominado como “estridentismo”, imitación del ultraísmo o del futurismo europeos, fue animado por Manuel Maples Arce, Arqueles Vela, Germán List Arzubide, Luis Quintanilla y Salvador Gallardo. Este movimiento aparecía como una forma de reacción contra los modos operantes de la literatura de aquellos tiempos, sin embargo, la propuesta pronto se tornó con un carácter político en el que sus teorías estéticas poco a poco perderían valor.

Por el contrario, a los denominados “Contemporáneos”: “los caracterizó su preocupación exclusivamente literaria y los límites que impusieron a su formación cultural” (Domínguez; Martínez, 1995: 58). Este grupo conformado en su mayoría por jóvenes que, invitados por Vasconcelos, emprendieron el camino literario desde temprana edad, puesto que escribían desde los 15 o a 16 años y publicaban un par de años más tarde, legaron la curiosidad universal y el rigor en su trabajo, borrando de este modo cualquier atisbo de precocidad en sus materiales, en el que según José Joaquín Blanco: “no fue sino una respuesta brillante a un requerimiento social,

inteligentemente planeado, en la etapa de reconstrucción del país que siguió la lucha de facciones” (1978).

Hacia el año de 1928 comienza la publicación de obras narrativas denominadas como “novelas de la Revolución”, caracterizadas como alegatos personales en el cada quien da de los acontecimientos un enfoque de su intervención. De esta etapa habría que destacar los recursos, y no el tema puesto que se limita a seguir al caudillo o al pueblo, los que merecen mayor atención (Martínez, 1990: 53). Aunque algunos años atrás se hayan encontrado textos que trataban a su vez los tópicos que caracterizan esta época, tales como *La Bola* (1887) de Emilio Rabasa o *La Parcela* (1898) de José López Portillo y Rojas, es la novela de Mariano Azuela “Los de abajo” la que aparece como la más representativa aun cuando fue publicada doce años antes de esta época literaria, en 1916, con poco tiraje y en el estado de Texas. Asimismo, la obra de Mariano Azuela no se limita a una novela, por el contrario, fue un profuso escritor, además, de estudios críticos, obras de teatro y cuento.

Otro de los grandes autores de esta época fue Martín Luis Guzmán, al igual que Azuela, mantiene dentro del catálogo de su obra el ensayo, la novela y la biografía, donde muestra su constante preocupación sobre la política mexicana. Conocido principalmente por dos novelas: *El águila y la serpiente* (1928) y *La sombra del caudillo* (1930), ambas son enaltecidas por su capacidad y recursos narrativos, que, a diferencia de muchas otras: “pueden ofrecer cuadros de tanta maestría y de tan poderoso dramatismo como los que figuran en ellas” (Martínez, 1990: 56). Otros autores que pertenecen a esta corriente son: José Rubén Romero, Gregorio López y Fuentes, Rafael F. Muñoz, Mauricio Magdaleno y Martín Gómez Palacio.

En contraposición al tema revolucionario, surge después la llamada “literatura de contenido social”, cuyo tema a diferencia de los anteriores, serán los bajos fondos que no se dibujan en los temas políticos, tales como la vida campesina y obrera. Además, su estilo será el infundir dentro de sus letras el tema socialista y al alcance de las masas, en el que autores como José Mancisidor, Miguel Ángel Meneses y Xavier Icaza, solo por mencionar algunos, dan a conocer obras de esta naturaleza.

También, autores más cercanos al medio siglo, expresan como consecuencia de esta ideología obras tales, como el escritor Juan de la Cabada con su volumen de cuentos *Paseo de mentiras* (1940), o José Revueltas con su novela de 1943 *El luto humano* y al siguiente año los cuentos contenidos en *Dios en la tierra*, un dramatismo seco y desesperado, que es considerado ya una de las grandes aportaciones en el género cuentístico.

2.2 Panorama del Cuento Mexicano en los años 50

Cabe señalarse que al hablar del cuento en los años 50, este no se refiere explícitamente al nacimiento de una nueva tendencia a partir del año 50 o 51, así como tampoco al hablar del cuento mexicano en el siglo XX, su origen pudiera fecharse con los primeros días de 1900.

La transición entre una escuela literaria y otra puede ser gradual, o bien, su convivencia con otra puede darse a la par.

De la misma forma que las teorías de las distintas escuelas literarias son aplicadas respecto a su época, también de ellas derivará la escritura del cuento, por lo que su estado adopta

las formas de la época en que fueron concebidos, yendo cada cual en paralelo con su periodo. Por ejemplo, en el periodo revolucionario se concebían, al igual que las novelas, cuentos con temática revolucionaria, sin que esto pueda interpretarse como un encasillamiento tajante en todos los escritos, aunque sí son muestra de un predominio temático.

Luis Leal, uno de los primeros estudiosos del cuento que le asigna un carácter de rigor al estudio de la narración corta, en su *Breve historia del cuento mexicano*, realiza una clasificación a partir del cuento prehispánico hasta 1955. En él, denomina a la última categoría como el periodo del “Expresionismo y otras tendencias” (117), dentro aparecen las nuevas formas de experimentación: el cuento policiaco, pedagógico, a base de datos autobiográficos y el humorístico. De igual modo, aclara que la cosecha del cuento realista se ha dejado atrás, aunque todavía existen autores que lo siguen produciendo de forma prominente.

Así mismo, dice Leal (1990) que es México el lugar en el cual el cuento ha tenido un crecimiento mayor que el resto de los países de habla hispana y en el que, desde el siglo XIX, ha superado a los dos géneros predominantes: la novela y la poesía. Del mismo modo, comenta Leal, debido al carácter y oficio de los escritores la producción hecha es tan variada, pues a excepción de Ángel de Campo “Micrós”, ninguno se dedicaba exclusivamente a producir este género.

Leal enfatiza, además, que los pocos estudios de la época no permiten tener un panorama literario del cuento, ya que solo comprenden análisis en conjunto con otras obras de su producción o su autor, pero no de forma independiente, hecho que califica como un error pues: “El cuento en México tiene su trayectoria aparte, se ha desarrollado de una manera por completo distinta de la novela, y hasta de la novela corta” (1990: 4).

Los años de publicación de los trabajos de Leal entre 1956 y 1958, argumenta Cluff (1997), corresponden claramente a una época en la que tal propósito investigativo consistía en la recopilación de textos aparecidos en revistas y periódicos, mientras que Cluff recopila en menos de medio siglo alrededor de 1584 tomos editados, sin considerar aquellos aparecidos en otro tipo de publicaciones. El paradigma en la investigación durante los años ha cambiado, así como lo harán las siguientes generaciones.

Para el estudio del cuento mexicano, Cluff establece tres grupos: los de Primera Promoción, que abarcan los años 40 y 50; la Segunda Promoción, que va de fines de los 50 a los años 60; y la Tercera Promoción, donde retoma los años 70 y 80 (1997).

Entre los autores enmarcados dentro de la denominada “Primera Promoción” se encuentran José Revueltas, Juan José Arreola, Juan Rulfo, Edmundo Valadés y Carlos Fuentes. Asimismo, Cluff señala como un hito dentro de la cuentística mexicana al año de 1955 debido a dos razones: la aparición de la *Breve historia del cuento mexicano* de Luis Leal y a la publicación de más de 30 colecciones de cuento, un hecho bastante significativo para ese año (1997: 19).

Y es que el cuento comienza a tomar resonancia cada vez más, quizá debido a, como lo apunta Emmanuel Carballo, que:

El cuento, al igual que la novela, es la región más pantanosa de la literatura. En él todo es posible: las audacias, las extravagancias e incluso la mofa del lector. Sin embargo, hay ciertos elementos impostergables: personajes, tiempo y espacio. Al trabar contacto unos con otros, los personajes hacen posible la sintaxis de la ficción. El tiempo al transcurrir, propicia el desarrollo de la historia y la trama. El espacio permite ubicar el

mundo en que se mueven, piensan y sienten las criaturas. Se puede decir que el cuento, es como la línea recta, la distancia más corta entre dos puntos: la presentación de un hecho, de un problema, y su feliz o triste desenlace. (1988:13)

En la concepción de estudios concernientes a este género suele mencionarse a dos personajes que resultan de gran trascendencia: Juan José Arreola y Juan Rulfo, ya que de ellos se desprenden las características que definirían a los demás escritores. En palabras de Carballo: “El primero representa la tendencia fantástica; el segundo la realista” (1964: 71). Gastón García Cantú estaría adscrito a la segunda categoría.

A su vez, dentro de la corriente realista Carballo divide al cuento en ingenuo y malicioso. El primero, dice “es una prolongación anacrónica de la narrativa del siglo XIX; el realista malicioso, [...] un producto de nuestros días” (1964: 72).

Según Carballo, Arreola y Rulfo son la fuente de la que posteriormente se desprenderían cuentistas que adoptarían la forma de discípulos dispuestos a seguir sus pasos, o por el contrario, reaccionar ante sus obras, pero que ante cualquier escenario Rulfo y Areola sirvieron como influencia en los demás escritores.

Acreeedores, desde su primer libro, de una voz propia y madura, dice Carballo (1964), Rulfo y Arreola consolidan una gran aportación al campo de las letras, sobre todo por la motivación que ejercen al leerlos. Sin que esto hable de una inclinación de uno u otro, sino más bien de una coexistencia entre las posiciones estéticas y políticas y la capacidad personal, que lejos de generar un alejamiento a la obra, crea una complejidad que enriquece a la literatura, y es esto lo que les impide desaparecer, ya que: “Arreola plantea sutiles casos de conciencia, intrincados problemas intelectuales; Rulfo, patentes problemas del diario subsistir elementales

y hondos” (p. 62). Sin embargo, dentro de este ciclo narrativo también podría situarse a Carlos Fuentes, quien fue uno de los autores que más fuerte llamó la atención y se situó como una promesa de las letras mexicanas en aquella época con la publicación de su libro *Los días enmascarados* (1954), y del que decía Carballo: “Entre él y casi todos los cuentistas anteriores se establece un punto y aparte” (1964: 73).

De igual forma, en su antología llamada *El cuento mexicano del siglo XX* (1964) (entre la que se encuentra Gastón García Cantú) después de situar a Arreola y Rulfo como representantes y base de los escritores posteriores, Carballo desglosa como característica de los cuentistas de tendencia realista su preocupación por presentar “hechos” e insertarlos de forma dramática en una secuencia temporal. Además, continúa declarando, que los textos de estos escritores pueden servir para reformar la *circunstancia* en la que fueron hechos, y contrario a lo que pueda pensarse, resultan ser optimistas, ya que por más cruel que puedan presentar la realidad, y al contrario de los escritores fantásticos, no rompen con ella o la someten al ridículo.

Por su parte, Jaime Erasto Cortés argumenta que la producción cuentística del siglo XIX es resultado de las escuelas literarias, mientras que la del siglo XX (de los años 40 a 70): “proviene de una consideración formal de cada escritor” (1979: 10), sin que esto, continúa Cortés, signifique un desligamiento de las teorías genéricas, por el contrario, resultan ser la confirmación de la posibilidad del género, y al igual que Carballo, pone como principales exponentes a Rulfo y Arreola, por su parte agregando a José Revueltas; constituyendo de esta forma la triada que marcaría un hito en el cuento mexicano.

Años más adelante, en su libro *Narrativa de hoy* (1969), Emmanuel Carballo atribuye la transición de los temas que abordaría la narrativa de fines de los años 40 con el término del

gobierno de Lázaro Cárdenas, ya que su inclinación hacia los campesinos y la agricultura, fuente de la que abrevaría también la literatura, tomaría un vuelco, pues por el contrario Manuel Ávila Camacho se propone como meta la industrialización del país aprovechando la segunda guerra mundial. Su administración ya no estaría encausada al campo si no a la ciudad, misma situación que se transmitirá a la literatura. Carballo aduce:

Son los años en los que la Metrópoli principia a crecer y a vivir tímidamente en una atmósfera cosmopolita, años en que la emigración de los refugiados europeos transforma la vida cultural y artística del país [...] y, sobre todo, años en que se inicia el rechazo de un hecho que demostró ser un programa de vida retórico y fallido, la revolución mexicana. (1969: 16-17)

Además, en esta misma obra Carballo señala como punto de muerte de la prosa cardenista de la reforma agraria a la novela *Pedro Páramo* (1955), ya que en ella se engloba la figura del “cacique de caciques”², junto con lo risible que resulta el campo no cultivado por los campesinos y su desconocimiento ante su posesión. La novela se manifiesta como la construcción de una poderosa metáfora del hombre en el mundo que agota las posibilidades de la prosa de la revolución y adviene el surgimiento de un nuevo tipo de lenguaje.

Según autores como Carballo, Erasto Cortés o Luis Leal, la época áurea de la cuentística en el medio siglo puede comenzarse a delimitar a partir de la publicación de *Dios en la tierra* (1944), de José Revueltas, seguido por *Varia invención* (1949) y *Confabulario* (1952) de Juan José Arreola, *El llano en llamas* (1953) de Juan Rulfo, *Los días enmascarados* (1954) de Carlos Fuentes y por último, la novela *Pedro Páramo* (1955) del mismo Rulfo. Sin embargo, en este

² Las comillas son mías.

año también se publica bajo el sello del Fondo de Cultura Económica el libro al que está dedicado este trabajo: *Los falsos rumores* (1955) de Gastón García Cantú.

Por su parte, Evodio Escalante (Pavón, 2013) señala esta época como la de “los monstruos sagrados”, y califica como característico que la espontaneidad de los escritores anteriores pasa a tener un sentido de fabricación artística, dejan de ser escritores de medio tiempo y adquieren una profesionalización, se trabaja más en los textos las atmósferas que los acontecimientos, así como el individualismo en la enunciación, la subjetivización narrativa, y el uso de la interiorización teniendo como horizonte a Freud y Marx aun cuando en esta generación no hayan estado dentro de sus lecturas.

Es así, como en esta época el cuento comienza a tener un nuevo vigor dentro de las letras mexicanas, lejos ya del ocaso en el que se mostraba ante la novela, cuyo origen solo se remontaba como una extensión de esta, o bien, como desprendimiento de ideas ante la cual luego se germinaba una obra de mayor extensión, el cuento “‘tradicionalmente’ poco atendido” (Pavón, 1991: 134), adquiere una identidad propia, con escritores que le dedican tiempo completo, consolidándose independientemente y creando su propio camino, para luego tener su propio campo de estudio a partir de varios teóricos y escritores como Russell M. Cluff, Luis Leal (que será uno de los pioneros), Jaime Erasto Cortés, Lauro Zavala, etc.

Ahora bien, Edmundo Valadés, quien es uno de los pilares de este género en el país, no solo por escribir cuentos sino también por fundar una revista para su promoción (*El cuento. Revista de imaginación* fundada en 1939), dice:

En esa época, la de los cincuenta, que merece estudio especial, el cuento mexicano se multiplica, se diversifica y amplía su temática y estilística, con rupturas en que jugarán

la recreación de lo introspectivo, el conflicto de la pareja, el amor y el desamor, el sexo, el erotismo, el barrio, la ruptura familiar, el aislamiento individual, la enajenación que causa la sociedad de consumo, la violencia urbana y todo lo que afecta la vida en una sociedad mal organizada, recreados por una generación en la que florece la presencia de los narradores, muy escasa anteriormente. (Pavón, 2013: 481)

Así mismo, Valadés continúa determinando como característica de estos años la capacidad inventiva: alejada de la simple descripción de la realidad, ahora la escritura se recrea en expresiones más descarnadas, brutales, que son el resultado de sistemas opresivos y profundas e injustas desigualdades sociales. (Tal es el caso del cuento “La señal”, de Cantú).

Es por ello que no toda la cuentística de esa época se puede encasillar en un puñado de escritores, pues más allá de la experimentación con las letras, se olvida, quizá por el hastío que años antes habían provocado algunas escuelas, que la escritura de un cuento va más allá de un inicio, un desarrollo y una llana conclusión, ya que, bien puede innovarse en el sentimiento de la realidad, la cruda realidad manifestada en *Los falsos rumores* (1955) donde García Cantú supo imprimir un dejo de ironía del cual, al concluir la lectura, no se sabe si reír o llorar por las descripciones tan símiles que estamos leyendo y de las cuales podemos investir nuestro alrededor. Libro desafortunadamente eclipsado bajo la sombra de otros textos absorbentes de toda la atención que dejan de lado algunas obras que bien pueden sobresalir por méritos propios.

Tan solo en la década 1950-1959 se publicaron poco más de 190 libros de cuentos (Cluff, 1997), y como bien aduce el mismo Cluff, estudiarlos a todos, aunque no es una tarea imposible, sí resulta compleja. Por lo que este trabajo representa un útil intento de alejar del olvido a uno de esos libros, a sabiendas de que muchos de ellos no reciben la merecida atención.

2.3 Gastón García Cantú

Gastón García Cantú fue un historiador, cuentista, periodista e intelectual mexicano nacido en la ciudad de Puebla el 3 de noviembre de 1917. Sus padres fueron Roberto García Pineda y Adriana Cantú y Cantú. En el año 2002, su nieto Guillermo Fuentes García tuvo la idea de escribir una pequeña biografía sobre de la vida de su abuelo, dicho texto tardó 5 años más en poder gestarse. En colaboración con el Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano, fue en 2007 que apareció *Gastón García Cantú: Recuerdo en breves trazos*. La obra, narrada en 5 capítulos, nos permite escuchar la voz del propio Gastón en los primeros cuatro capítulos y en el último, de algunos de sus amigos quienes toman la palabra y generan un esbozo en torno a la figura del autor poblano. Gracias a este texto podemos acercarnos a las diferentes épocas en la vida de este autor, libro de cuyas líneas me permito retomar algunos fragmentos para construir una pequeña semblanza de él y su obra.

En su infancia, Gastón García Cantú generó un cariño particular al campo debido a la cercanía con su tío Fernando, ya que en ese entonces, al ir de visita a su hacienda pulquera, Gastón obtendría un conocimiento que él define como decisivo, pues ante la mirada inocente que proporcionan los años de juventud, donde otros veían capataces y peones, él observaba hombres en estado de igualdad frente al trabajo. A esa edad, veía en aquellos campesinos una fraternidad estrecha que se unía por lazos terrenales de cuyo seno todos se alimentaban. Así mismo, es el campo quien lo provee de una inspiración natural y delicada a través del canto de las aves o el cielo estrellado, todos los alicientes de la fresca y limpia mañana aparecían frente a sus ojos como un cuadro lleno de pureza.

No obstante, pronto adquiriría otro tipo de experiencias que chocarían con las primeras y que después asociaría con la composición del país: la diferencia de clases, las aciagas jornadas de trabajo de los peones, la abnegación de las mujeres o la jerarquización de labores.

Sin embargo, también ocurre otro hecho que fomentaría en él su posterior maridaje con la historia, de forma temprana descubre un libro prodigioso, tanto en su lectura como en la formación que después tomaría como historiador, *Descubrimiento en México* de Egon Erwin Kisch le revela un pasado fascinante, de Cedillo hasta la “emperatriz” Carlota, los acontecimientos le resultan cautivadores. En cada capítulo se le revela un descubrimiento fascinante del país mexicano.

Aunado a sus lecturas, las historias de fantasmas, contadas por su tío Zatarian en Teometitla, le ayudan a conectarse con la vida, pues como dice Cantú, el miedo en su juventud provocado por aquellas noches iluminadas por la luz de las velas resulta ser un aliciente para encontrarse con aquello que aguarda ante el nuevo día, deseoso de la aparición de los rayos solares, cada amanecer resultaba un regalo. En esta temporada, Gastón García Cantú también rememora su transición hacia la lectura, pues en este proceso, dice:

Un episodio entrañable para mí era ver cómo se desprendían los personajes, al igual que los fantasmas de mis sueños, no como seres adversarios, sino como seres confiables con los que podía compartir lo que más admiraba al despertarme: la vida. (Fuentes, 2007:19)

Desde temprana edad, García Cantú comenzó a leer el par de ejemplares de periódico que llegaban a su casa, actuando como mediador para dar a conocer los acontecimientos del día a sus demás familiares durante la hora de la comida, desempeñaba tal cargo con gusto. El *Excélsior* y *El Universal* eran sus armas cotidianas ante la pregunta del “¿Qué ocurrió hoy,

Gastón?”. Y es, además, gracias a ello, que pudo adquirir una comprensión de la situación por la que atravesaba el país.

A los cinco años veía deambular generales sobre sus caballos, que luego de atravesar marchando hacia la ciudad, regresaban atados de manos y eran fusilados frente a la catedral (rebeldes delahuertistas), recuerdo que más tarde plasmaría en el cuento “El barco de papel”. Dicho cuento representa un mundo de adultos donde la figura infantil queda sepultada por la autoridad de los que le niegan respuestas, mudos ante la pregunta que ellos mismos habían creado y frente a la cual siempre habían obtenido una contestación: “¿Qué ocurrió hoy?”, ahora resultaban impotentes para responder: “¿Qué acaba de ocurrir hace un momento?” Y “¿Qué va a ocurrir con nosotros ahora?” debido a que las familias de entonces, unos con Plutarco Elías calles y otros con Adolfo de la Huerta, veían cambiar de manos al poder y con ellos la paz de sus familias. Esas lecturas que habían germinado en él la imaginación, ahora le presentaban, a través de las páginas de los periódicos, una realidad cruda, vil y trágica.

Sin embargo, años más tarde, al ingresar a la preparatoria, el encuentro con libros lo retornan a un ambiente más amable y placentero. La biblioteca Lafragua, constituyó el bastión que alimentaba la curiosidad de un joven en plenitud, ávido lector que suma a su catálogo a los clásicos castellanos, autores mexicanos y latinoamericanos; cerrando este abanico a su vez, con la música clásica y el cine, influencia que debe a algunos de sus amigos, ya que después de la escuela solía visitar la casa de alguno y escuchar discos o acudir a uno de los varios establecimientos dedicados a la proyección de películas.

Años más tarde, cuando ya ejercía la docencia en el entonces llamado Colegio del Estado, Gastón García Cantú tuvo su primer contacto con la izquierda mexicana de esa época,

viendo en Vicente Lombardo Toledano un referente de la expresión libre y crítica contra la situación política que atravesaba el país, y junto con Enrique Aguirre Carrasco, Armando Porras, Saturnino Téllez y Manuel Popoca, forman El Bloque de Estudiantes Socialistas donde se promulgan en contra, por ejemplo, de la invasión de Italia a Etiopía o del gobierno de Stalin a Finlandia. Además, sus labores, en congruencia social, los llevaría a fundar la Escuela Secundaria Nocturna para Trabajadores “Ricardo Flores Magón”, donde García Cantú impartía clases de Geografía Universal, labor de sus participantes que también destaca, parafraseando a García Cantú, por dar lo poco que sabían, a quienes nada sabían. Todo esto, claro, sin que por ello cayeran en la arrogancia, pues a la par de José Maurer, se mantenía bajo una filosofía moral donde resultaba fundamental la consideración hacia el otro.

Su labor como partidario de la libertad de expresión se vería encauzada con la participación en el nacimiento del periódico *El Sol de Puebla*, invitado a colaborar en la redacción de los cables internacionales, que en ese entonces (1944) el cauce de mayor interés era representado por los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial. En solo cinco meses lograría pasar de redactor de notas a ocupar el puesto de director. Sin embargo, su estadía en el cargo no iba a ser prolongada, pues, luego de aceptar el ofrecimiento por parte de García Valseca para dirigir *El fronterizo de Ciudad Juárez* se trasladaría a vivir al norte del país.

Su marcha hacia la frontera, le mostraría una perspectiva antes desconocida, la situación de los mexicanos participantes en el ejército de Estados Unidos apareció frente a sus ojos como lamentable y difícil debido al reclutamiento, y en algunos casos, la muerte de compatriotas nacidos en aquel país y reclamados para ser enviados a la guerra. De forma lamentable, luego de la publicación de un proceso que expuso la corrupción ejercida en las aduanas, el dueño del periódico, quien a su vez mantenía una amistad con uno de los implicados en tal hecho, reprobó

tanto tal publicación que el resultado a un ejercicio auténtico de periodismo fue desfavorable y Gastón García Cantú tuvo que retornar a Puebla.

De vuelta en el estado, García Cantú, junto con Juan Porras Sánchez y Antonio Esparza, fundan la revista *Cauce* (en la que se publica por primera vez el cuento “El barco de papel”) que destaca por ser una de las pocas revistas literarias existentes fuera de la Ciudad de México, que en aquella época representaba la urbe central de las manifestaciones artísticas, hecho que le valió ser registrada en la historia de la literatura contemporánea, en el capítulo de revistas, por José Luis Martínez.

Es por demás curioso que el destino, o la coincidencia, pusiera en el camino de García Cantú la situación correcta para poder establecer una hemeroteca, pues como recuerda, al impartir la clase de sociología en la ya Universidad de Puebla, es debido a un hecho azaroso su tropiezo con una pila de periódicos ordenados bajo el esquema del caos, e intuyendo su importancia, que Cantú decide buscar financiamiento para erigir un espacio de consulta hemerográfica. Junto al apoyo de Rodolfo Budib, logra establecer, de un montón de papeles del que nadie supo ver la importancia de la historia, un lugar propicio de auscultación para aquellos que deseaban conocer las historias de un pasado remoto o bien, inmediato.

Por desgracia para su fructífera carrera, Gastón García Cantú tuvo que realizar un exilio involuntario a la ciudad de México, debido a que su intervención en la protección de unos murales en la Casa del Deán se vio mezclada con intereses políticos, como muchos que pueblan nuestro entorno, y que resultan propicios para ser tergiversados y utilizados como mero pretexto de justificación ante problemas acarreados desde hace tiempo, como él mismo dice: “Este es el salvajismo que ha dominado en nuestro país, cuando los empeños provienen de órdenes

políticas, y en este caso, de la sombra que tienen, o tuvieron, los expresidentes” (Fuentes, 2007: 71). Este salvajismo será uno de los temas de los que, posteriormente, se nutrirá su libro de cuentos y en los que se entrevé una oscura figura: Maximino Ávila Camacho.

No obstante, este exilio lo acercó a grandes figuras de la intelectualidad mexicana. Personajes como Luis Enrique Erro, Alfonso Reyes, Alfonso Caso y Vicente Lombardo Toledano fungieron como sus modelos y maestros en la comprensión del país, ya que la organización de sus razonamientos y sus comentarios agudos, ayudarían a Gastón a construir un panorama de la sociedad mexicana que le servirían a entender el lugar que habitaba y por ello, quererlo más.

Como colaborador de la revista *México en la cultura*, comienza sus publicaciones abordando temas que más tarde se verían plasmados en el libro *Utopías Mexicanas*, junto a Miguel Prieto, su labor como codirector logra dar el impulso, antes negado, a nuevas y desconocidas voces, entre las que destacan José Emilio Pacheco, Vicente Leñero, Juan Rulfo y Juan José Arreola. El mismo Alfonso Reyes afirmó que el paso de García Cantú por la revista se notaba, pues tenía “la mano abierta” (Fuentes, 2007: 116) hacia los autores entonces desconocidos y que en ese momento fueron el alimento de una nueva generación de escritores.

No obstante, su estadía sería breve, pues ante la salida de Fernando Benítez, García Cantú decide acompañarlo a la revista *Siempre!* Donde un nuevo suplemento literario tendría su gestación: *La Cultura en México*, que se convertiría en un punto de choque entre las opiniones de esa época, pues dice Gastón García Cantú: “Era una revista que concilió en sus páginas puntos de vista contrarios. Sin duda fue el mejor medio de debates político [sic.] en nuestro país durante muchos años” (Fuentes, 2007: 122), publicación de la cual se ocuparía los primeros

veintiséis números, y de la que tiempo después regresaría únicamente como colaborador ocasional, publicando artículos históricos sobre México.

Gastón García Cantú es conocido principalmente por su vínculo con la historia. Algunos de sus libros, como *El pensamiento de la reacción mexicana* (1965), *El socialismo en México* (1969) o *Universidad y antiuniversidad* (1973), denotan la fuerte convicción que tenía por entender a su país, pues como menciona, solía preguntarse constantemente cómo es que funcionaba éste, y las respuestas siempre tenía que desglosarlas de un amplio catálogo de información almacenada en los periódicos. La comprensión de su presente estaba en el ayer. Sus frecuentes estadías en la Hemeroteca Nacional, la Biblioteca Nacional o el Archivo General de la Nación, le ayudaron a satisfacer sus dudas y aunado a lo que él denominaba como “industrialización de los insomnios”, en el que ocupaba las horas de falta de sueño como campo productivo, fue que pudo concretar algunas de estas obras.

Por otra parte, su labor periodística está labrada más allá de la fundación de *El Sol de Puebla* o la dirección de *El Fronterizo de Ciudad Juárez*, pues en 1971, contribuyó en el periódico *Excélsior*, invitado por Julio Scherer con quien además posteriormente trabajaría en la revista *Proceso*, lugar donde García Cantú colaboró con su agudo punto de vista sobre hechos que ocurrían en aquel momento.

A su vez, como director del Instituto Nacional de Antropología e Historia, delimitó una postura clara que encausaría el resto de su gestión: la conservación de los monumentos históricos y coloniales sobre cualquier interés de personas que atentaban contra su defensa. Fue por ello que durante el periodo que estuvo a cargo, se logró expedir un acuerdo en el que se prohibía realizar actos sociales en los centros históricos o prehispánicos, con el fin de evitar cualquier

daño provocado por la imprudencia que estos eventos pudieran acarrear, mismo que, tristemente, ha sido ignorado en algunas ocasiones, pues constituye un acuerdo que hasta la fecha no ha sido derogado.

En cada publicación de sus artículos, libros, comentarios o bien, desde su puesto como funcionario de algún cargo público, la labor de Gastón García Cantú nunca se vio nublada por actos que contradijeran su semblante humanista. Aunque este estoicismo significara el enojo de muchas personas o la pérdida de algunos personajes cercanos, quienes antes le llamaban amigo, como dice René Avilés Favila:

Gastón García Cantú perteneció a la estirpe de los grandes pensadores mexicanos, fue en la historia y el periodismo lo que Alfonso Reyes fue en la literatura o Jesús Reyes Heróles en la política, un hombre dedicado por entero a la reflexión amorosa y delicada de pensar en su patria, en México y lo hizo con plena honestidad y decencia, dignidad e inteligencia. (Avilés, 2004: 6)

Es por ello, que, al morir a los 84 años en el año 2004, su deceso generó una gran conmoción debido a la pérdida de uno de los intelectuales que le había entregado toda su vitalidad al país que tanto amó, y que desgraciadamente, no supo corresponderle de la misma forma, debido en gran parte a su carácter incorruptible y crítico, que le llevó a estar lejos de los reconocimientos que tenía más que merecidos. Pues como comenta otro ilustre personaje poblano, Ernesto de la Torre Villar:

Sus artículos periodísticos, escritos limpia y valientemente, revelaban al escritor recio, pulido e inteligente, y la responsabilidad, llevada con singular acierto y dignidad, de

hacerse cargo de secciones y suplementos culturales en varios diarios, me confirmaron el dinamismo e inteligencia con que emprendía sus tareas. (de la Torre, 2004: 81)

Así mismo, sus aportes a la cultura en México, la historia, la literatura y sobre todo, la conservación del país que siempre defendió, está evidenciada en sus escritos. Ya sea en libros, periódicos o revistas, ya que sus textos nos ofrecen la maravillosa oportunidad de adentrarse en su visión del país y compartir mediante su lectura, la aspiración que él mantenía de lograr un cambio positivo en la sociedad mexicana.

2.4 Inicio literario: *Los falsos rumores*

El primer y único libro literario de Gastón García Cantú, *Los falsos rumores*, tuvo su aparición en el año de 1955, publicado por el Fondo de Cultura Económica, la primera edición ostenta el número veintidós de la colección Letras Mexicanas, con grabados de Alberto Beltrán, el tiraje está compuesto de mil ejemplares. Posteriormente reeditado por el Acervo Histórico Universitario de la BUAP, bajo la dirección de Alfonso Yáñez Delgado, su tiraje de dos mil ejemplares se dio en 1999.

El cuento “El barco de papel”, ya había sido publicado en la revista *Cauce* (1948), y resulta ser el más personal del autor, al estar compuesto por recuerdos de su infancia. Otro de los cuentos, “Las fuerzas vivas”, fue publicado en la Revista de la Universidad de México, en abril de 1954, un año antes de su aparición entre los dieciséis cuentos que compondrían el libro publicado por el FCE.

Rómulo Gallegos, uno de los grandes escritores latinoamericanos, autor de *Doña Bárbara*, dijo: “Este libro está escrito para una América Latina que todavía nos duele” (Fuentes, 2007: 133), y del cual Cantú recuerda como uno de los grandes elogios concebidos a su primer obra, no tanto por las palabras sino por la persona que las decía. Sin embargo, debido a que en esos años Rulfo y Arreola también publicaban alguno de sus libros, la crítica se volcó hacia la admiración y el elogio de estos dos autores, sepultando otros títulos dignos de atención, como el libro de García Cantú.

Los falsos rumores es un libro en el que se puede apreciar un mosaico de personajes sugestivos y representantes de la época de mediados del siglo XX, aparecidos en un escenario que bien puede prefigurar el cacicazgo avilacamachista en Puebla, no está excluido de otros lugares en el que se realice el mismo acto, ya sea en espacio o tiempo, pues como menciona Humberto Sotelo Mendoza, el libro de García Cantú es un lugar donde:

Ciertamente el poder aplasta, subyuga, somete a los individuos, convirtiéndoles en caricatura de seres humanos, empero, a ello no solo contribuyen los gobernantes, los mandatarios, los poderosos, sino también los gobernados, en tanto carecen de la voluntad necesaria para poner un alto a las arbitrariedades de aquellos. (García, 1999: 8)

El libro es un compendio de personajes en los que se muestra un constante cambio entre quienes detentan la batuta del poder. En algunos casos, tan pronto como aparece un personaje en una posición de alto nivel, lo vemos caer imposibilitado de meter las manos para sujetarse, los roles se dislocan de la primera impresión que teníamos y suelen tornarse en enmascaramientos que vemos, tristemente, tan actuales en las esferas sociales y políticas, que solemos preguntarnos si realmente ha existido un cambio en nuestro país.

En el sexto tomo de su obra completa *Idea de México*, que lleva por subtítulo “El poder”, Cantú consigna en los primeros párrafos que:

En la sociedad mexicana domina el poder personal, el caudillo, el paternalismo del líder, no el dirigente por sus ideas y sus actos. Nuestro país fue y es, en su complejidad territorial, una *sociedad cerrada* en la que imperan los hábitos mentales y las costumbres privadas y públicas propias de la mentalidad mágica, las tendencias de clausura de los clanes familiares y las ligas secretas del poder político, formas todas de una sociedad retrasada en el tiempo cultural de las naciones occidentales, que han alcanzado la condición de *sociedades abiertas*, en las cuales los individuos adoptan decisiones personales para determinar la democracia. (1991: 7)

En su libro de cuentos se puede observar la concepción que mantuvo Cantú acerca del poder, tanto en su obra histórica como ensayística, la descripción de México como una “sociedad cerrada” se refleja en cada cuento de *Los falsos rumores*. Sotelo Mendoza en el prólogo de la edición de 1999, sostiene que los cuentos pertenecientes a este libro son: “relatos ‘en clave’ en los que nunca se menciona al caudillo principal de dicho cacicazgo” (p. 5), mientras que García Cantú en su *Idea de México* sostiene que: “La sociedad cerrada contiene la figura principal del cacique y la de su dominio sobre los hombres y la tierra” (1991: 8). Sin embargo, *Los falsos rumores*, además de ser una estampa local de la vida domeñada en México, es un mosaico de expresiones literarias donde el personaje principal es el poder, pues dice, la sociedad mexicana: “No es tiranía ni dictadura pero tampoco democracia; una y otra han determinado un ciclo diferente en el equilibrio logrado por los pactos entre los grupos y las clases. La violencia es un imposible político; la democracia, una ficción concertada” (1991: 14-15).

Asimismo, García Cantú tiene la habilidad de conmover y generar una reflexión conectada con la historia, los cuentos aparecidos en este libro, no son un preámbulo hacia su transición histórica y periodística, es la germinación de ambos, la unión de dicho paralelismo. Al respecto del libro, Ernesto de la Torre Villar dijo:

Estos relatos de crítica social, válida para todos los tiempos, reflejan la observación cuidadosa de la sociedad angelopolitana, de sus desfallecimientos y flaquezas, la cual es aplicable a todo el país. También muestran el carácter libertario de Gastón, su disgusto hacia un medio de injusticia, de pobreza, surgido de sus ideas liberales que se radicalizaron con el tiempo. (2004: 83)

Por su parte, en su *Antología del cuento mexicano del siglo XX*, Carballo describe el libro como:

Diecisiete cuentos que describen otros tantos aspectos de la vida provinciana. Su provincia no es “mansa” y “sedeña” como la mayoría de los escritores folklóricos: es una provincia sencilla en apariencia y en el fondo complicada, una provincia lenta, estática, meditativa y, sobre todo, hipócrita (El ritmo de los cuentos produce esta modorra de la voluntad y de los instintos). Los personajes de este mundo están retratados en los momentos que revelan su carácter y sus propósitos –carácter y propósitos que conforman y explican este mundo estrecho y sórdido. *Los falsos rumores* es un libro amargo: la mentira triunfa sobre la verdad, la simulación y la crueldad sobre sus respectivos contrarios. (1964: 84)

A su vez, Christopher Domínguez Michael en *La literatura Mexicana del siglo XX* clasifica a Gastón García Cantú dentro del grupo de escritores de “Ensayos Sociológicos y Filosóficos” y

se refiere a su libro *Los falsos rumores* como: “una colección de cuentos acerca del ambiente opresivo y de ingenua petulancia de la provincia” (1995: 144).

Luis Leal (1990), tan solo menciona el nombre del escritor sin detallar el libro, en un apartado llamado “Novísima promoción de cuentistas” y da algunas palabras prefigurando el porvenir de dicho grupo y anticipa, no sin cierto recelo, el posible desvío de algunos fuera de la literatura.

Y aunque si bien Gastón García Cantú optaría por alejarse de la literatura, no se debe en forma alguna a la oscuridad a la que fue legado en su momento su libro de cuentos, por el contrario, podemos observar, como menciona René Avilés Favila (2004), que la prosa depurada de García Cantú demuestra que nunca abandonó su pasión hacia ella, pero que vería en el periodismo y la historia un campo donde podía dar rienda suelta a sus reflexiones. Como menciona Sotelo Mendoza, era en la historia donde “podía advertir los móviles de ‘la voluntad de transformar la sociedad’, por lo cual prefirió dedicarse a la misma y a su hermano gemelo, el periodismo, sacrificando así su vocación literaria” (García, 1999: 11).

Sin embargo, al igual que las grandes montañas sepultadas por el tiempo, la obra de Gastón García Cantú emergerá de la membrana de olvido en la que se encuentra, y encontrará, quizá, en algunos años, como han sido muestra otros escritores, personas que lo lean y lo encumbren hacia el nivel de la que es digno poseedor, sirviendo para este fin, este pequeño trabajo que aparece como la punta de una lanza, lacerando la piel de la injusticia.

CAPÍTULO 3

LOS FALSOS PODERES. INTERPRETACIÓN DEL PODER SEGÚN FOUCAULT

EN ONCE CUENTOS DE GASTÓN GARCÍA CANTÚ.

Cabe recordar que para el análisis se dejarán fuera todos los cuentos en los que se describan acciones que involucren fuerza física sobre alguno de los personajes, pues como se ha establecido en el capítulo 1, estos casos no serían representativos del poder, sino de la coerción.

Para que pueda existir el poder, debe establecerse cierta jerarquización de los personajes y su capacidad de generar acciones sobre acciones, guiar e imponer su voluntad sobre la de otros. Es por ello que quedan fuera del análisis los cuentos: “La señal”, “Las burbujas”, “Por el ojo de la aguja” o “Lepanto”, cuyos tópicos no van acorde la temática de este trabajo o no se observan significativamente las relaciones de poder. Para mostrar dichas relaciones de poder, recurriré a la narratología y posteriormente a su interpretación a partir de las concepciones del poder de Foucault, de las que ya hablé anteriormente.

El motivo de estas páginas se funda en torno a la reflexión de las siguientes preguntas: ¿Existen relaciones de poder en los cuentos de García Cantú? Si esto es verdad ¿Cómo operan? y ¿Qué nueva significación le brindan a su lectura? Cuestiones que resultan importantes debido al relegamiento del que se ha visto objeto.

Luz Aurora Pimentel en su libro *Relato en perspectiva* define al relato como: “la construcción progresiva, por la mediación de un narrador, de un mundo de acción o interacción humanas, cuyo referente puede ser real o ficcional” (2008: 10), concepción de la que se servirá

este trabajo para nombrar a los textos pertenecientes al libro *Los falsos rumores*, por lo que no debe resultar extraño la utilización de forma indistinta entre cuento o relato para referírseles.

A su vez, deben tenerse en cuenta los cinco puntos establecidos por Foucault para analizar las relaciones de poder:

- El sistema de diferenciaciones.
- El tipo de objetivos.
- Las modalidades instrumentales.
- Las formas de institucionalización.
- Los grados de racionalización.

3.1 Relaciones de poder: El Sistema de Diferenciaciones

El primer punto que establece Foucault para el análisis de las relaciones de poder corresponde al *sistema de diferenciaciones*, este tiene que ver con aquellos grados disimiles entre los sujetos que los llevan a poder actuar sobre la voluntad de los demás o, por el contrario, negar que actúe la propia. Ateniéndose al estatus o privilegios, diferencias jurídicas, tradicionales, económicas, de puestos, lingüísticas o culturales, estas, dice Foucault: “constituyen al mismo tiempo condiciones y efectos” (1989: 33) en las relaciones de poder. Asimismo, cabe mencionar que este sistema no está sujeto a un listado definitivo, por el contrario, al igual que sus manifestaciones, puede actualizarse al plano donde se realice.

Para iniciar, se podrían delimitar dentro del mismo sistema los relatos “El barco de papel”, “Las horas moradas” y “El tigre y el paraguas” cuya manifestación caen, en mayor parte,

dentro de la categoría “tradicional” al darse en un sistema cerrado donde los personajes o sujetos, están delimitados por la dicotomía madre-hijo, padre- hija, hombre-mujer o esposo-esposa.

Estos modos de actuar sobre las acciones de los demás, son ejecutados por figuras específicas dentro de la misma institución: la familia. Misma que se detallará más adelante. No obstante, aunque estos relatos se encuentran dentro de la misma categoría, su modo de ejecución no es el mismo.

Por ejemplo, en “El barco de papel”, cuento que inicia *Los falsos rumores*, (y como se ha mencionado antes resulta ser el texto más personal contenido en el libro del autor poblano ya que está compuesto por una serie de recuerdos de su infancia), la diferencia de edad, aunado a la “jerarquía” de los sujetos, mantienen al personaje, cuya voz cuenta la historia, dentro de su poder.

En los primeros párrafos, Cantú establece las restricciones de su personaje. En un espacio en que el poder, en primer término, recae sobre la figura femenina representada por la madre sentada en el balcón, esta se encuentra cerca para ejecutar un acto de vigilancia sobre su hijo, delimitando la extensión a la que se ve restringido en comparación con otros niños, pues, el personaje dice: “Aquel balcón era una reja fría entre mi decencia y su libertad” (1999: 21).

Sin embargo, más adelante es la familia entera quien se ve restringida por la militarización en las calles, por lo que ahora el personaje se encuentra limitado, al igual que los demás, por un sistema jurídico donde el Estado es quien mantiene el control.

Por su parte, en el relato “Las horas moradas”, se abre estableciendo a la figura paterna como símbolo de dominio sobre su mujer y sus hijas. La narración va acompañada por la

descripción de una peregrinación a una serie de iglesias y los sucesivos recuerdos de cómo José Pons, nombre del personaje principal, obtuvo el prestigio y poder en el pueblo donde viven.

Esta vez, el personaje es quien ejecuta el poder sobre los demás y controla la forma de comportamiento en su familia, pues incluso para él: “Es necesario enseñar a las hijas cómo debe rezarse” (García, 1999: 36).

De igual forma, en este relato se describe el intercambio de roles de posicionamiento de poder, pues José Pons rememora los años en que él aparecía como un subordinado ante los demás, aunque tiempo después resulta capaz de imponerse y revertir los lugares, pues comenta: “Me respetan, ya no me dicen Pepito, ni Pons. Soy don José Pons. Suena diferente. Parezco otro hombre. Tengo algunos millones. Me temen. Lo que digo se hace. Me dan la acera aun los más viejos” (García, 1999: 38). Mientras que en el ámbito familiar se da una imposición de poder por la jerarquización padre-hijos o hombre-mujer en el caso del matrimonio, fuera de este sistema, José Pons no altera su posición, sino que recae sobre más sujetos, se “amplia” por la derivación que su capital económico conlleva. Además, aparece una tercera categorización: un sistema de categorización cultural, cuyo rasgo comparte con el tercer relato de este tipo: “El tigre y el paraguas”.

En primer término, este cuento narra la relación matrimonial de un ciudadano francés con una mujer, podríamos suponer, mexicana. No obstante, en contraposición a los dos relatos anteriores, aquí en el sistema de diferenciación tradicional es la mujer-esposa quien ejerce un poder sobre el hombre-esposo. Y mientras en el relato “Las horas moradas” el personaje principal es un español que vive en México y que profundiza en su cultura, en “El tigre y el paraguas” es un francés, que desconoce todo sobre su patria, quien se ve sometido bajo la figura

femenina. En un momento dado, Émile Labathier, nombre del personaje masculino, imagina la posibilidad de escapar y fingir su muerte, para lograr deshacerse de su mujer, sin embargo, desiste y acude presuroso a su encuentro. El nivel de sometimiento ejercido sobre Émile, es tal, que aun contando con libertad, su voluntad queda anulada.

Por su parte, en los relatos “Imperativos éticos”, “Las aguas mansas” y “Los falsos rumores”, el sistema de diferenciaciones corresponde, en mayor medida, a diferencias donde luchan progresivamente dos sistemas: las instituciones estatales y el estatus, o bien, los puestos en los sistemas de producción y las diferencias aptitudinales. Dentro se desarrollan “microluchas” entre los individuos que conforman tal o cual sistema.

Por ejemplo, en el relato “Imperativos éticos” el narrador mantiene una lucha contra sí mismo, contra su conciencia. La reflexión de ¿por qué otorgar reconocimientos a quien no lo merece? Lo lleva a cuestionar la situación que vive el país, la corrupción en los estratos políticos y la falta de ética en tal grado, da como resultado que sea la voz del gobernador la única que se escucha, es la figura de imposición: “la voluntad del gobernador viene a ser la ejecutora de los designios de muchos otros” (García, 1999: 85).

En “Las aguas mansas”, quizá el relato más representativo de las relaciones de poder, Luis Zamacona, el personaje principal, ante el incremento de precio en los víveres, decide denunciar ante las autoridades el acaparamiento en las tiendas, alentado por un mensaje en el periódico, en el que recalcan: “Tenga valor civil”. En primer término, Luis representa la figura de poder en un ámbito cerrado frente a su mujer, un sistema tradicional, sin embargo, fuera de este, en su trabajo está sujeto a una diferenciación en un sistema de producción ya que tiene un jefe inmediato, y también está sometido bajo diferencias económicas al no poder costear lo que

otros ofrecen, se ve rebasado y sometido bajo insumos y dinero. Sin embargo, Luis Zamacona, al tomar la decisión de denunciar, contrario a dejar que guíen su voluntad a la de los demás, este realiza una estrategia contra uno de los grupos que tienen el poder. Acude a las oficinas de multas pesando: “en la importancia del valor civil. Un tema, se dijo, que nadie había tratado: la pequeña, diaria tarea de imponer la voluntad de todos contra unos cuantos” (García, 1999: 93). De esta forma, el sujeto crea una confrontación, una “microconfrontación”, donde los “micropoderes” tienen actores que se actualizan acorde al escenario donde se manifiestan. Pues como menciona Foucault: “Las formas y los lugares de ‘gobierno’ de unos hombres por otros son múltiples en una sociedad: se superponen, se entrecruzan, se limitan, a veces se anulan y en otros casos se refuerzan” (1989: 35).

A su vez, en “Los falsos rumores” se da un sistema de diferenciación de estatus y privilegios, en un espacio cerrado que denota una oficina gubernamental, el gobernador, su secretario, llamado Luis Sandoval, y los demás personajes, cambian y alteran constantemente sus puestos de poder. Es decir, aunque el gobernador ostenta el puesto de mayor rango y es quien tiene una mayor cantidad de privilegios, se aprecia de forma sutil que es Luis Sandoval, su secretario, quien toma algunas de las decisiones y lo induce por ciertos caminos de acuerdo a su criterio, por lo que el secretario puede tener un puesto menor, pero su estatus frente al gobernador lo ponen por encima de este.

Este cuento, narra la forma en que el gobernador decide ofrecer su renuncia (inducido por su secretario) si el pueblo no le ratifica su confianza. Tal acto alienta la misma realización por parte de todos los funcionarios, quienes esperan a su vez, la ratificación del gobernador para con ellos. No obstante, en el proceso, el gobernador decide eliminar algunos puestos (otra vez inducido por su secretario) para ahorrar dinero.

En este relato el sistema de diferenciación se altera en dos sentidos, primero es el gobernador, aun con el puesto de alto rango, quien se ve sujeto a los subordinados (representado por el pueblo) y a su decisión de dejarlo en dicho cargo. Empero, al ser ratificado, y con las renuncias de los demás funcionarios, su poder inmediato se aplica a la ratificación de otros poderes, ya que su decisión puede anular o bien reforzar la diferenciación de los demás funcionarios.

En cambio, en el relato “Las fuerzas vivas”, se desarrolla un sistema de diferenciación opuesto a todos los anteriores, pues resulta como un modo de “victoria” sobre los demás la demostración de la capacidad para elaborar discursos, ya que los personajes, más o menos en el mismo nivel de puesto, demuestran su habilidad como oradores. Un teólogo, un representante del comercio y dos poetas, desfilan ante una multitud ávida de palabras. La muestra ascendente de la calidad discursiva levanta a cada momento el furor de los presentes, quienes actúan de jueces. No importando la jerarquización, en el momento que transita uno y otro de los sujetos, se crean puestos de poder, definidos por sus aptitudes de desenvolverse verbalmente.

Por último, en los relatos “El día del juicio” y “Las burbujas”, Cantú narra, aparentemente, escenarios donde se observan sujetos sin ímpetu de confrontación. Por lo que en primera instancia podrían descartarse debido a la postulación de Foucault que menciona como requisito en una relación de poder la existencia de confrontaciones. Ya que los personajes aparecen como sujetos sin libertad o ansia de liberación, elaboración de estrategias o lucha, esto pudiera simular un acto vil de servilismo, como el que describe De la Boétie (2008) en su *Discurso de la servidumbre voluntaria*. No obstante, se aprecia un marcado sistema de diferenciación económica, donde aquellos que tienen mayor capital, ejercen el control sobre los demás ¿entonces qué es lo que los separa de ser simples sujetos sometidos?

En “El día del juicio” el narrador, que se encuentra en un velorio, rememora la forma en cómo el difunto hizo su fortuna, la usura que le permitió adquirir bienes y relegar las deudas a los hijos de quienes aún le debían dinero. Y es en las pequeñas descripciones de su vida donde se observan intervenciones de otros personajes en actos de confrontación. Por ejemplo, dice el narrador: “Cometió varios crímenes: aquel don Francisco, que pretendió tener un negocio como el suyo, amaneció muerto a puñaladas... Otro más, que quiso convencer a los campesinos del robo de que eran objeto, fue asaltado en el camino...” (García, 1999: 126). Estas confrontaciones, derivadas por el hecho de que el poder se veía igualado, eran cerrados con violencia, pues al no tener un control sobre los demás el personaje se veía amenazado, por lo que este recurría a la utilización de la fuerza física: acto de coerción que eliminaba las resistencias y al mismo tiempo actuaba sobre los demás como instrumento generador de miedo y reforzador del poder.

A su vez, en “Las burbujas” Cantú narra la tarde de Gabriel Martínez, cuya rutina lo llevaba a recorrer los mismos sitios y donde “podía afirmarse que en ellos, día tras día, recogía como de un estanque su propia imagen” (1999: 147). Sin embargo, una tarde mientras bebía café y sostenía un encuentro casual con un viejo compañero, se percató de que en otra de las mesas se reúne un grupo de hombres, todos ellos políticos. Y sin poner demasiada atención a su compañero, cavila de cada uno de los otros integrantes la manera en cómo ascendieron. Los fraudes, el compadrazgo y la violencia resultan el común denominador entre la mayoría. Preguntándose ¿cómo es que ese tipo de hombres gobiernan? Obtiene una respuesta no demasiado alentadora: son la principal línea de ataque ante un poder mayor que se oculta detrás. Acción consecuente de lo que argumenta Foucault en que: “el poder es tolerable sólo con la condición de enmascarar una parte importante de sí mismo” (2007: 105).

Y ya que en toda relación de poder deben existir estrategias y confrontaciones, así como la posibilidad de que el individuo “oprimido” goce de libertad, en estos relatos se observa la existencia de imposición de voluntades sobre sujetos que disponen, en diferente medida, de escapatoria, de opciones o posibilidades para sublevarse, pero que se ven inducidos a no hacerlo.

Ya sea para escapar, optar por la elaboración de estrategias para el combate o bien, la constante actualización de puestos, podemos apreciar cómo los personajes, frecuentemente ceden su lugar y adquieren, o pierden, nuevos poderes.

Además, resulta interesante observar cómo la dimensión espacial del relato, es utilizada por Cantú de tal forma, que en las descripciones para empatar aquellos escenarios donde se desarrolla un acto de poder, restringe de igual forma, el espacio del sujeto. Es decir, los lugares donde se desarrolla libremente la voluntad del personaje se ve reforzado por los efectos de sentido que simulan amplitud de los lugares, mientras que los escenarios donde se realizan manifestaciones de poder, Cantú los refuerza con descripciones que sofocan el panorama del personaje.

Por ejemplo, en “El barco de papel”, cuando el personaje sale de casa, su voluntad corre en paralelo a los efectos de sentido que denotan libertad, ya que este comenta:

Cuando echamos a andar, se nos vino a la cara un aire tan fino que hacía sentir distinta la piel. Más adelante aparecieron los árboles y el campo. Por el camino gris, grupos de hombres y mujeres llevaban a sus espaldas grandes bultos. Saludaban y seguían su andar, sucesivo, sin tregua.

Ya de regreso descubrí la ciudad. Por sobre las casas veían las torres de la Catedral: a medida que llegábamos iban creciendo. La calle era un corredor interminable. (García, 1999: 21)

No obstante, cuando se encuentra de nuevo con sus padres, dentro de su casa y sitiado por el movimiento militar en las calles, el personaje dice: “Mi padre y la abuela me escondieron debajo de la cama, la rodearon de cojines y almohadas; era una cerca oscura y mullida” (García, 1999: 23). Ya no aparecen los efectos de sentido que simulan amplitud, por el contrario, este “confinamiento” se adecua al personaje y se sujeta a las reglas impuestas por los demás, reduciendo también la dimensión espacial de la narración.

3.2 Relaciones de poder: Tipo de Objetivos

El segundo punto que establece Foucault para determinar las relaciones de poder corresponde al *tipo de objetivos*. Estos tienen que ver con la finalidad que persiguen aquellos que actúan sobre la acción de los demás; pueden ser del tipo económico, si es que buscan riqueza o aumento de capital; conservación de privilegios, si es que son poseedores de algunas ventajas sobre los demás y desean mantenerlas; o bien, el ejercicio de una función u oficio, donde aquel que tiene asignado cierto cargo puede dirigir o encausar las acciones de los demás, por el simple hecho de ostentarlo, no obstante, cabe mencionar que este listado no es definitivo y puede ampliarse de acuerdo al escenario en que se produzca o si este lo requiere.

Los objetivos de los personajes en *Los falsos rumores* no se limitan a la acumulación de ganancias, sino que de igual forma que el sistema de diferenciaciones, existen entrecruzamientos

entre dos o más tipos de objetivos. Por ejemplo, aunque la mayoría persigue el aumento de capital económico, pues como dice uno de los personajes: “Extraño poder tiene el dinero” (García, 1999: 108), no significa que cada finalidad sea la misma, ya que otro más agrega: “Nadie podría decir dónde terminaba la lucha despiadada por conseguir dinero para comer, y dónde la satisfacción que daba principio a otras actividades” (íbidem: 91), aun cuando la persona que tiene un capital económico mayor, mantiene el poder sobre los demás, difiere la utilización final entre unos y otros recursos. Con esto quiero decir que el objetivo del capital económico puede derivarse por un lado, en la obtención de más poder, o bien, el personaje puede perseguirlo para satisfacer algunas necesidades vitales.

No obstante, se observa en los relatos donde las diferencias son del tipo tradicional-familiar, que los objetivos de los personajes con poder, no persiguen la acumulación de ganancias, de hecho, es la manutención de un estatuto de orden moral lo que les obliga a perseguir el control sobre los otros. Por ejemplo, Émile Labathier, personaje de “El tigre y el paraguas”, es observado con cierta vergüenza por las personas por permitir que sea su esposa la figura dominante en la relación, ya que incluso Oropeza, personaje masculino, recomienda: “A veces es necesario pegarles. Siga mi consejo, una paliza allanaría las cosas” (García, 1999: 49). Lo mismo sucede en los relatos “El barco de papel” y “Las horas moradas”, donde las figuras con poder, si bien es cierto que tienen capital económico, tienen por objetivo que no se vean alteradas las relaciones en la familia, ya sea donde el hijo contravenga al padre, o la mujer se oponga al hombre.

Por el contrario, donde los sistemas de diferenciación tienen que ver con los puestos en los sistemas de producción u organización, los objetivos, aunados a la producción de capital económico, persiguen la conservación de privilegios y el ejercicio de su función. Es decir,

ciertos cargos conllevan el poder y además lo otorgan a alguien más, que si bien no tiene el poder, sí goza de privilegios. Los más allegados a la figura “central” mantienen un estatus elevado en comparación con aquellos que no están cerca y es este posicionamiento lo que les brinda poder, aunque no les dé capital económico, por lo que se buscan puestos que otorguen privilegios o ganancias.

Sin embargo, Foucault establece que el poder no puede ubicarse en un lugar o una persona, y precisamente se observa eso en el relato “Los falsos rumores”, donde la figura del gobernador pierde su poder cuando decide someter a votación su puesto. En ese momento, el poder queda en el pueblo y su decisión de ratificarlo, por lo que aún ostentando un cargo de “mayor jerarquía” queda obnubilado frente a dos figuras: por una parte, el secretario que lo induce a realizar tal acto y por otro, el pueblo que tiene la decisión de legitimarlo o sustituirlo. De esta forma se observa que el poder transita entre una y otra figura y nunca queda posicionado, ni en el cargo, y mucho menos en el sujeto.

Por su parte, el relato “La voz” narra la visita de un representante del gobernador, llamado Gonzalo Martínez, a una ceremonia privada el día de la revolución. Frente a todas las personas, y en ese momento, recae en él el poder del ejercicio de la función gobernadora de un Estado, ya que: “en ese íntimo equilibrio, un peso indescifrable inclinó su conciencia hacia la certeza de ser él, y nadie más, el legítimo sucesor del mandatario” (García, 1999: 28) y al mismo tiempo, se genera un objetivo que antes no se había planteado, debido a la atención, los ofrecimientos y el reconocimiento de privilegios, Gonzalo Martínez, al ser designado representante, no sólo adquiere una diferenciación de puesto en un sistema, sino que crea objetivos conforme adquiere el conocimiento de los privilegios: “cedió a su imaginación la facultad de organizar un futuro gobierno; veía las caras, citaba los nombres y creyó acertar al

elegir, de entre los asistentes, a los que lo acompañarían en fecha próxima en el nuevo período de gobierno” (García, 1999: 31). Aunque, al igual que los demás relatos, la figura de poder pronto se invierte. La llamada del gobernador pidiéndole bailar “La bamba” degrada su estatus frente a los demás lo suficiente como para permitirles utilizar apelativos como “Gonzalito”.

El tipo de objetivos se intercalan al sistema de diferenciación, y a su vez, generan nuevos conforme los relatos avanzan. A diferencia de los cuentos del tipo tradicional-familiar (“El barco de papel”, “Las horas moradas”, “El tigre y el paraguas”, “El día del juicio final”) en los que el tipo de objetivos no corresponden a la acumulación de ganancias o el ejercicio de una función, los demás relatos sí mantienen una tendencia hacia el aumento de capital. Sin embargo, de igual forma se generan nuevos objetivos y se descartan otros, pues cuando el poder atraviesa los cuerpos, unos pueden perseguir nuevos o tratar de mantener los objetivos que poseen.

3.3 Relaciones de poder: Modalidades Instrumentales

El tercer punto para analizar las relaciones de poder, plantea Foucault, son *las modalidades instrumentales*. Estas tienen que ver con los modos en que es ejercido el poder, ya sea:

A través de la amenaza, de las armas, de los efectos de la palabra, de las disparidades económicas, de los mecanismos más o menos complejos de control, por sistemas de vigilancia, con o sin archivos, de acuerdo con reglas explícitas o no, permanentes o modificables, con o sin dispositivos materiales, etc. (Foucault, 1989: 34)

En el caso de los relatos cuyo sistema de diferenciación es del tipo tradicional-familiar, la modalidad instrumental está sujeta a la vigilancia por parte de las figuras de poder, ya sea la

madre, el padre, o bien, la pareja. Así mismo, sus reglas resultan implícitas, pues son sistemas donde se consideran dadas las normas por una tradición, donde no se puede contradecir a las figuras de poder. Sin embargo, estas reglas resultan modificables de acuerdo a la necesidad de la situación. Por ejemplo, en “El día del juicio”, aun cuando el padre es quien representa la figura de poder, cuando muere, son sus hijos (deben ser varones, ya que en este sistema no se permite a la mujer ostentar altos cargos) quienes adquieren el capital económico y con ello, la transición del poder entre una figura y otra, modifica las reglas de acuerdo a cada uno.

Sin embargo, en aquellos sistemas donde la diferenciación se da por los puestos que ostentan, el poder recurre a la vigilancia, la amenaza de perder privilegios o cargos, o bien, la disparidad económica para llevar a cabo el ejercicio del poder. Relatos como “Los falsos rumores” o “Las burbujas”, muestran personajes sometidos bajo estos instrumentos y que de igual forma son ejecutados por figuras que constantemente se están actualizando.

El relato llamado “La fuerzas vivas”, se desarrolla en un ambiente donde todos los personajes mantienen, casi, un mismo nivel de estatus/puestos, y son la serie de actos verbales desarrollados los que afianzan en cada uno la posibilidad de alcanzar ante los presentes, un nivel mayor de poder. En este cuento, *los efectos de la palabra* serán los instrumentos bajo los cuales se desarrollará el poder. El desfile de los personajes y su respectiva perorata les otorgan un estatus ascendente, hasta que el último orador obtiene la victoria. En él es mostrada la capacidad oral como herramienta de aglutinamiento de masas y dadora de privilegios, inclusive desde el inicio, ya que se muestran a personajes con ciertos oficios, que no caen en la excepcionalidad, pero que no pertenecen a la clase obrera o marginada. Ellos hablan y son escuchados, desde el momento que les es dada la palabra, ya tienen un reconocimiento que es ensalzado conforme

avanza su discurso, cada cual puede obtenerla y utilizarla, su voz no es interrumpida o domeñada.

No así en el relato “Las horas moradas”, donde la voz narradora funge al mismo tiempo como juez, existiendo un paralelismo con el subalterno de Spivak, dado que el discurso masculino se sobrepone a los demás, específicamente a la voz femenina. Las mujeres no tienen voz y son descritas como seres inferiores, por ejemplo, cuando el personaje menciona: “No hay modo: las mujeres solo sirven para la cama” (García, 1999: 37).

Además, cabe recalcar que únicamente en el relato “El barco de papel” se utilizan armas como dispositivos materiales del poder. Los cuentos “La señal”, “La fuga” y “Rumbo apacible”, donde la utilización de violencia física es el resultado final de imposición, no representan relaciones de poder, ya que dejan sin libertad al sujeto, y como dice Foucault: “Un hombre encadenado y golpeado está sometido a la fuerza que se ejerce sobre él. Pero no al poder” (1989: 73).

A su vez, en “Las aguas mansas” el personaje, Luis Zamacona, experimenta una modalidad diferente dada por medio de la utilización de publicidad, provocando dos cosas: el sentimiento de justicia y su posterior pérdida de fe en ella. Es decir, cuando el protagonista acude a realizar la denuncia, el fatigoso proceso y su posterior desenmascaramiento de ser falso, dan al personaje un panorama en el que no cuenta con posibilidades de enfrentarse contra ninguno de los dos sistemas, que ante él resultan superiores: el económico y el representado por el Estado.

En el relato “Imperativos éticos”, el instrumento por medio del cual se ejecuta el poder aparece enraizado al sujeto mismo. Esto es, la narración abre con el monólogo del personaje

disertando acerca del control que tienen sobre los trabajadores. Su cometido radica en la elaboración de discursos oficiales de una universidad, contrario a lo que sucede en “Las fuerzas vivas”, aquí el sujeto se encuentra limitado en su vocabulario, su tarea, dice, consiste en: “llenar renglones con adjetivos dóciles al clima moral: magnífico, grande, sabio, maestro...” (García, 1999: 80). Sin embargo, aun cuando a primera instancia pareciera que en este cuento no hay nada más allá que la representación de figuras sometidas por completo, pues dice la voz narradora: “Aquí está el origen de todo: estamos en una trampa, dentro de un laberinto del que no conocemos la puerta...” (íbidem), donde la falta de voluntad y libertad en el sujeto contravienen al postulado de Foucault de que el poder es una guerra, en este relato, empero, se gesta una “microlucha”, sino contra todo el sistema, sí entre su conciencia y su necesidad. Los cuestionamientos de ¿cómo se ha llegado a este punto? Se precisan en las últimas líneas, pues dice el narrador: “Basta ya de meditar. Azorín escribió que la excesiva reflexión mata la voluntad. Quizá no sea otro el mal de la provincia” (García, 1999: 85).

Las diferentes modalidades instrumentales en las relaciones de poder también varían de acuerdo al sujeto que las utiliza o por el contrario, se definen según el objetivo sobre el que recaen. Es más, podría decirse que se aplican o se actualizan dependiendo de su finalidad. La gradación de estas puede darse bajo un sistema en el que sus reglamentos y los dispositivos materiales cambian.

3.4 Relaciones de poder: Formas de Institucionalización

El cuarto punto establecido por Foucault para el análisis de las relaciones de poder son *las formas de institucionalización*, estas tienen que ver con los lugares específicos desde las que emana el poder.

Por un lado, pueden ser instituciones con disposición de moda, cultural o tradicional (como la familia). O bien, dice Foucault: “pueden adoptar el aspecto de un dispositivo cerrado sobre sí mismo [...] con sus reglas, sus estructuras jerárquicas cuidadosamente definidas, y una relativa autonomía funcional” (1989: 34), por ejemplo, las instituciones escolares o militares. Y finalmente, pueden ser sistemas complejos como el Estado, que resulta de alguna manera la “envoltura general” de las demás.

Como se ha mencionado antes, en los relatos “El barco de papel”, “Las horas moradas”, “El tigre y el paraguas” y “El día del juicio”, es manifiesto el carácter tradicional-familiar desde el cual se evidencia la emanación de poder. No obstante, en cada uno se observa un vislumbre de otro poder que comparte con el primer sistema.

Mientras en “El barco de papel” el narrador se ve sometido a una institución familiar, un segundo sistema contiene al primero: la institución militar. En “Las horas moradas”, el sistema cerrado familiar, está contenido a su vez, por un sistema de costumbre, mismo que le lleva a peregrinar y vestir de cierta manera, el inicio del relato dice:

En aquella ciudad prevalecía la antigua costumbre de vestir ropas negras los días santos. Eran días de luto colectivo. De las torres de la Catedral se esparcía, como incienso, el tañer monocorde de las campanas. Los más viejos recordaban, no sin amargura, los años

en que las ceremonias eran en verdad devotas, severas, ceñidas a la población como un cilicio. (García, 1999: 35)

Estos dispositivos tradicionales aceptan las imposiciones aun sin conocer el origen de cuya causa se desprenden.

Al contrario de los demás relatos en el que la jerarquización está menos definida por los puestos o cargos que ostenta cada personaje debido a su constante actualización, en el sistema tradicional-familiar, los integrantes de una familia no pueden cambiar aleatoriamente o rotar en los puestos que tienen. Acción que sí sucede en las demás instituciones. Por lo que aun cuando resulta ser la de “menor” rango social, es la más estable.

En el resto de los relatos, de acuerdo a la función u oficio de los personajes, así como la acción que realizan, permiten determinar las formas de institucionalización desde las cuales emana el poder, sin embargo, tampoco se limitan estableciendo a las instituciones públicas como el lugar desde las cuales surge todo su conglomerado. Por ejemplo, en “Las fuerzas vivas”, pareciera no haber ninguna institución propiamente dicha desde la cual emerja una figura representativa, no obstante, el círculo desde el cual cada uno de los personajes se encuentra declamando, tiene estipulado el mismo reglamento, están congregados en un lugar definido y en él se encuentran sujetos jerárquicamente organizados.

De igual manera, en los relatos “Las aguas mansas”, “Los falsos rumores” y “La voz”, las formas de institucionalización se desprenden de instituciones gubernamentales, ya que los personajes corresponden a trabajadores de estas o bien, son contra quienes pelean.

Mientras tanto, en “Imperativos éticos” el poder se ejerce a través de dos sistemas. El primero es la universidad, lugar desde el cual escribe y para quien escribe. El segundo es el

Estado, ya que, aun cuando se encuentra en una institución, sus acciones también se derivan de lo que la figura de “el gobernador” dictamina. Cada una con su sistema de reglas, operan una en favor de la otra.

En cierta medida, el *sistema de diferenciaciones* guarda un vínculo con las *formas de institucionalización*, debido a que dependiendo del cargo u oficio desde el cual se establezcan las diferencias pueden englobarse a los personajes en un mismo sistema. Padre-hijo, esposa-esposo u hombre-mujer, derivan de la misma institución: la familiar.

3.5 Relaciones de poder: Grados de racionalización

El quinto punto que establece Foucault para determinar las relaciones de poder son los *grados de racionalización*. Este tiene que ver con las estrategias y la forma en el que el poder se actualiza adoptando formas adecuadas de ejecución. De esta manera, su elaboración se construye “a partir de la eficacia de los instrumentos y de la certeza del resultado [...] o incluso en función del eventual costo” (Foucault, 1989: 34).

Por ejemplo, en el relato “Los falsos rumores” la resolución de incluir en el discurso del gobernador la propuesta de renuncia en caso de que el pueblo no ratifique la confianza en él, crea en las personas un sentimiento de control sobre la figura principal. No obstante, tanto el secretario Luis Sandoval, como Dionisio Vázquez, el secretario general de gobierno, ven en esa acción una maniobra de afianzar el control del partido luego de las próximas elecciones. Este sutil movimiento, genera en los demás funcionarios, una ola de manifestaciones similares, sin

embargo, para ellos no resulta de la manera esperada, ya que el gobernador decide tomarles la palabra y despedir a algunos, para ahorrarse cierta cantidad de dinero.

Ahora bien, la actualización de los puestos de poder, se observan en primer término en los dos secretarios del gobernador, como he mencionado antes, la confianza que mantiene en ellos y las acciones que le inducen hacer, denota que aun cuando sus puestos varíen, el estatus es mayor, debido a sus conocimientos y propuestas que lo benefician. Sin embargo, depende de ambos para llegar a una decisión. Cuando uno realiza una proposición, espera la confirmación del otro para aprobar o en su caso desechar, la propuesta.

Esta vez, el secretario general, Dionisio Vázquez, se adelanta para incitar a los demás funcionarios a realizar el mismo acto que el gobernador. Sin embargo, la estrategia de ser ratificados se vuelve difícil cada vez que pasan más días, por lo que los funcionarios ante la incertidumbre, actualizan su modo de proceder.

Ahora bien, en el relato “Las horas moradas” el personaje principal, José Pons, argumenta que su forma de establecer el poder es “No permitir ningún cambio” (García, 1999: 39). En el pueblo donde vive, el capital económico determina el grado de poder sobre los demás. De igual forma, Pons declara como un hecho el: “Defender, defender lo que tenemos, con la pluma y con la espada” (íbidem, 40).

De esta forma, los personajes alteran la condición del sistema, los objetivos, las modalidades, sus formas, adecuándose según la situación en la que se desarrollan. Cambian entre un sistema y otro o lo modifican. Los personajes son seres que viven en una realidad ficcional semejante a la nuestra. Es por ello que podemos decir que están vivos tanto como nosotros. Envueltos en un sistema que los obliga a revelarse, contra el otro o contra sí mismos,

la adulación parece ser más una máscara de la cual se sirven para protegerse. Como dice Rodolfo Usigli en *El gesticulador*: “O se es hombre, o se tiene poder” (1980: 56). Los personajes de Cantú deciden ser hombres, que piensan o se lamentan, como tantos otros, sobre la cantidad de poder que anhelan.

CONCLUSIONES

Los falsos rumores es un libro que nos ayuda a comprender parte de la experiencia humana. El poder, como manifestación presente en todas las sociedades y épocas, generalmente pasa inadvertido por su ubicación en todos los lugares, es decir, luego de pasar la vida respirando ¿Cuántas veces nos hemos puesto a pensar sobre el proceso de inhalación o exhalación en nuestro cuerpo? Lo mismo sucede con el poder.

Estamos tan acostumbrados a vivir en una sociedad, que damos por entendida su composición. Dejamos de cuestionar el funcionamiento de los sujetos, su jerarquización y el ambiente bajo el cual se desarrollan. Ante cualquier institución vemos la consistencia de lo establecido, “lo normal”. Sin embargo, teóricos como Michel Foucault, develan en cierta medida, el funcionamiento de esta “vasta tecnología”.

El propósito de este trabajo fue el análisis de las relaciones de poder, según Foucault, en once cuentos de Gastón García Cantú. La primera razón es la usencia de trabajos en este sentido. La segunda, es el abandono a este autor y a su primera obra. A esto se puede añadir la intención de trabajar el único libro literario de un historiador, con un teórico que derivaba sus textos a partir de la historia, nutridos ambos a su vez, de su gusto por ella.

El resultado es un trabajo que hace a un lado toda posible interpretación unívoca o simplista, ya que de la misma manera que se crea una mayor fascinación al observar el movimiento de las manecillas de un reloj, luego de conocer su mecanismo, este estudio intenta ser el instrumento para lograr una mayor apreciación del libro de cuentos de Cantú, pues, *Los falsos rumores* suele ser un diseño inexplorado.

Los cuentos narrados por Cantú, no solo vislumbran actos servilistas hacia figuras de mayor poder. No están simplemente arrojados a una jaula en que la única respuesta es la resignación. Sino que resultan ser personajes que constantemente alteran sus puestos y actualizan sus dominios. Aunque su atmosfera aparenta estar encarcelada en los prejuicios, la hipocresía y, sobre todo, las arbitrariedades de los gobernantes, no son más que espejismos que esconden un ente mayor.

El sujeto en las narraciones, por el simple hecho de vivir en una sociedad, se ve inmerso en las relaciones de poder. Los constantes cambios de imposición de un sujeto a otro nos llevan a entender que, como menciona Foucault, el poder está en todas partes.

Si este es considerado como un libro donde se describe únicamente el servilismo, debemos continuar pensando: ¿y acaso no existe poder también en él?

Además, Foucault legitima el estudio de las instituciones como principales observatorios desde los cuales pueden verse bien determinadas las relaciones de poder, sin embargo, dice que no se trata de la importancia de las instituciones, sino de las relaciones que hay en ellas. Es decir, al investigar una escuela, no debe buscarse el origen de esta, o su conformación, sino que debe partirse por el estudio de las relaciones entre sus integrantes, los objetivos, los instrumentos, etc.

Es por ello que para el estudio de este libro de relatos, se alternó entre la viabilidad de los cuentos para encontrar las muestras más significativas del sistema de diferenciaciones, el tipo de objetivos, las modalidades instrumentales, las formas de institucionalización y los grados de racionalización, asentando la existencia de las relaciones de poder, es decir, la relación entre individuos que a cada momento intercambia la figura dominante y dominada y donde se encuentra una racionalización para ejecutar cierta forma de conducta sobre otros.

En cierta medida no resulta extraño que *Los falsos rumores* haya sido un libro escrito por un historiador, pues al igual que varios autores encuentran semejanzas sus descripciones con el periodo avilacamachista en Puebla, se podría emparejar los cuentos con fragmentos de la historia, por lo que este libro no solo se limitaría a describirla, es parte de ella.

No obstante ¿se conoce cuántos lugares y épocas han atravesado el mismo escenario? Por lo que el estudio y análisis de los cuentos de Cantú, que representan una época, pueden brindarnos la opción de comprender otras más.

Fiel a su amor por el país, Cantú, aunque nos ofrece unos relatos en apariencia sórdidos, de ninguna manera contraviene a la exaltación de la patria que siempre quiso; por el contrario, es la muestra fehaciente de su cariño hacia ella. No huye de la realidad en la que vive, la comparte a través de sus letras. *Los falsos rumores* es un gran discurso libre de eufemismos que muestra la cruda y vil vida política del país, sus escenarios son luz y sombra del tema que ofrece. Por lo que su recuperación en estos tiempos no solo es agradecible, resulta imperativa. Sacar a colación estos temas, quizá nos devuelva la conciencia para enfrentarnos a ellos.

Es por ello que *Los falsos rumores* demuestra ser una obra de gran ingenio. Realizado por una de las plumas más destacadas que ha dado nuestro país, este libro de cuentos resulta de fundamental lectura por las descripciones, los giros irónicos y los temas que aborda, y al igual a lo dicho por Humberto Sotelo Mendoza, en la introducción del libro editado en 1999: “No deja de extrañarnos que su autor no haya seguido explotando la gran veta literaria que llevaba en sus venas” (García, 1999: 10).

Además, al igual que el poder descrito por Foucault, los personajes en el libro de Cantú y en la sociedad, se encuentran en constante cambio, por lo que es preciso no solo entender las

situaciones pasadas, sino también estudiar el presente, alejando la complicidad a la que nos vemos sometidos por la falta de interés en los problemas del poder, como menciona uno de sus personajes: “Cierta día uno de ellos, al preguntarle qué es lo que pretendía hacer, me dijo, con no disimulado cinismo: ‘Lana, mucha lana’. Lana... Es verdad, los borregos somos los que la damos a manos llenas” (García, 1999: 83).

Sírvase este análisis como guía y muestra del mundo “Cantuniano”, para futuros trabajos que deseen ahondar en temas acerca del poder, el cuento poblano o la historia de Puebla en los años 40’s y 50’s, ya que Gastón García Cantú nos regala breves atisbos, por ejemplo, del parque del Carmen. Además, este puede ser la base para realizar un análisis más profundo donde se empaten las relaciones de poder en el cual el propio Cantú estuvo inmerso. Dado los roces contra el grupo dominante de aquella época de publicación de su libro, encabezado por Fuentes, puede vislumbrarse lo que Bourdie denomina “campo de poder intelectual”, de cuyas prácticas, quizá haya dado como resultado el olvido a su obra.

Escritor, historiador, periodista, funcionario y difusor de la cultura, y en especial, de las letras, no había otra forma de honrarlo que a través de ellas. Por lo que este trabajo es un pequeño homenaje de letras, a un gran hombre de letras. No cabe duda que algún lector puede encontrar otras interpretaciones en el texto o centrarse en un aspecto diferente. Y si lo hace, quedo satisfecho de haber logrado un lector nuevo de Gastón García Cantú por intercesión, y no uno menos por omisión.

Por último, quisiera agregar que el estudio en la literatura de la obra de este autor, no queda ceñida a su libro de cuentos, pues bien podría, para futuros trabajos, correlacionarse su

obra completa y hallar los vasos comunicantes que den forma a su voz poética o bien, analizarlo desde varios puntos focales que muestren diferentes perspectivas de su concepción del poder.

La más alta recompensa para un escritor es ser leído, aunque siempre se agradece si existe un cambio positivo en el lector por causa suya. Cantú, como defensor y amante de la escritura, logra obsequiarnos, a través de *Los falsos rumores*, una semilla de reflexión para alejar el letargo del que solemos investirnos, y estimular en cada cual, la comprensión de nuestro porvenir. Como menciona uno de sus personajes: “Todos estamos hechos por dentro de palabras”. Ya nos tocará a nosotros decidir cuáles.

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles (2000). *Política*. México: Editorial Porrúa.
- Arnaíz, A. (1994). *Las estructuras del poder en Max Weber*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ávila, F. & Ávila, C. (2012). El poder: de Maquiavelo a Foucault. *Revista de Ciencias Sociales (Ve)*, vol. XVIII, núm. 2, abril-junio, 2012, pp. 367-380 Universidad del Zulia. Maracaibo, Venezuela.
- Ávila, F. (2007). El concepto de poder en Michel Foucault. *A Parte Rei, Revista de Filosofía*, 53, 1-16.
- Avilés, R. (2004, Mayo). Gastón García Cantú, al servicio de México. *El Búho*. Recuperado de: <https://www.reneavilesfabila.com.mx/universodeelbuho/buho52.html>
- Blanco, J. (1978). Contemporáneos: juventud y obra crítica. *Nexos*. Recuperado de: <https://www.nexos.com.mx/?cat=2726>
- Bobbio, N. (2008). *Diccionario de política*. España: Siglo XXI Editores.
- Calderon, G., Núñez, M. (s. f.). *¿Qué es el poder según Foucault?* [Documento PDF] Disponible en:
http://repositorios.unes.edu.ve:8080/jspui/bitstream/123456789/268/1/%C2%BFQu%C3%A9%20es%20el%20poder%20seg%C3%BAAn%20Foucault%3F%2007_06_2013_01.pdf
- Canetti, E. (2005). *Masa y poder*. México: Debolsillo.
- Carballo, E. (1964). *El cuento mexicano del siglo XX (Antología)*. México: Empresas Editoriales S. A.
- Carballo, E. (1969). *Narrativa Mexicana de hoy*. España: Alianza Editorial.
- Carballo, E. (1988). *Bibliografía del cuento mexicano del siglo XX*. México: Coordinación de Difusión Cultural/UNAM.
- Castells, M. (2009). *Comunicación y poder*. Madrid: Alianza Editorial.

- Castro, E. (2004). *El vocabulario de Michel Foucault: un recorrido alfabético por los temas, conceptos y autores*. España: Universidad Nacional de Quilmes.
- Ceballos, H. (2000). *Foucault y el poder*. México: Ediciones Coyoacán.
- Cisneros, I. (2006). *Una invitación a comprender la política y el poder*. México: Instituto Electoral del Estado de Jalisco.
- Clark, K. (1976). *El patetismo del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cluff, R. (1997). *Panorama crítico-bibliográfico del cuento mexicano (1950-1995)*. México: Universidad Autónoma de Tlaxcala.
- De Jouvenal, B. (2008). *Sobre el poder: historia natural de su crecimiento*. España: Unión Editorial S. A.
- De la Boëtie, E. (2008). *El discurso de la servidumbre voluntaria*. Argentina: Terramar.
- De la Torre, E. (2004, no. 5). Otro amigo que parte. Gastón García Cantú (1917-2004). *Revista de la Universidad de México*. Recuperado de:
http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/ojs_rum/index.php/rum/issue/view/51/showToc
- Deleuze, G. (1998). *Foucault*. Barcelona: Paidós.
- Domínguez, M.; Martínez, J. (1995). *La literatura mexicana del siglo XX*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Droit, R. (2006). *Entrevistas con Michel Foucault*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- Elias, N. (1980). *Conocimiento y poder*. Madrid: Las Ediciones de la Piqueta.
- Erasto, J. (1979). *Dos siglos de cuento mexicano XIX y XX*. México: Promexa Editores.
- Foucault, M. (1980). *Microfísica del poder*. España: Ediciones de La Piqueta.
- Foucault, M. (1989). *El poder: cuatro conferencias*. México: Universidad Autónoma de México.
- Foucault, M. (1997). *Un diálogo sobre el poder*. España: Alianza Editorial.
- Foucault, M. (2010). *Obras esenciales*. España: Paidós.

- Foucault, M. (2012). *El poder: una bestia magnífica*. Argentina: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (1999). *Estrategias del poder*. Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (2007). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI Editores.
- Fuentes, G. (2007). *Gastón García Cantú. Recuerdo en breves trazos*. México: Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano.
- García, G. (1955). *Los falsos rumores*. México. Fondo de Cultura Económica.
- García, G. (1991). *Idea de México VI. El Poder*. México: Fondo de Cultura Económica.
- García, G. (1999). *Los falsos rumores*. México: BUAP. Archivo Histórico Universitario.
- García, M. I. (2005). *Foucault y el poder*. México: Universidad Autónoma de México.
- Hobbes, T. (1998). *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Kenneth, J. (1985). *La anatomía del poder*. España: Plaza & Janés Editores.
- Leal, L. (1990). *Breve historia del cuento mexicano*. México: Universidad Autónoma de Tlaxcala y el Centro de Ciencias del Lenguaje (ICUAP).
- Luhmann, N. (1995). *Poder*. Barcelona: Anthropos.
- Maquiavelo, N. (1995). *El príncipe*. España: Planeta DeAgostini.
- Martínez J. (1990). *Literatura mexicana siglo XX 1910-1949*. México: Lecturas Mexicanas.
- Paine, T. (1986). *Los derechos del hombre*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pavón, A. (1991). *Te lo cuento otra vez (La ficción en México)*. México: Universidad Autónoma de Tlaxcala.
- Pavón, A. (2013). *Historia Crítica del cuento mexicano del siglo XX*. México: Universidad Veracruzana.
- Pimentel, L. (2008). *Relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*. México: Siglo XXI Editores.

- Reinhard, W. (1997). *Las élites del poder y la construcción del Estado*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Revel, J. (2009). *Diccionario Foucault*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Rosinski, H. (1967). *El poder y el destino humano*. Argentina: Paidós.
- Russell, B. (1973). *Autoridad e individuo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Salinas, G. (1980). *Los siete sabios de México*. México: Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Sampson, (1975). *Igualdad y poder*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Spivak, G. (2003). ¿Puede hablar el subalterno? *Revista Colombiana de Antropología*, 39, 297-364. 2017, octubre 30, De Instituto Colombiano de Antropología e Historia Base de datos.
- Spivak, G. (2009). *¿Pueden hablar los subalternos?* España: MACBA. Consultado en: <http://www.macba.cat/es/pueden-hablar-los-subalternos->
- Toro, R. (1990). *El Saber, el Poder y la Constitución del Sujeto Moderno*. Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.
- Usigli, R. (1980). *El gesticulador*. México: Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Van Dijk, T. (2009). *Discurso y poder*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Veyne, P. (2009). *Foucault. Pensamiento y vida*. Barcelona: Paidós Contextos.
- Weber, M. (2002). *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Wolf, E. (2001). *Figurar el poder*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Wright, C. (1978). *La élite del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.